

el CORREO de la UNESCO



ENTREVISTA A
Frédéric Rossif

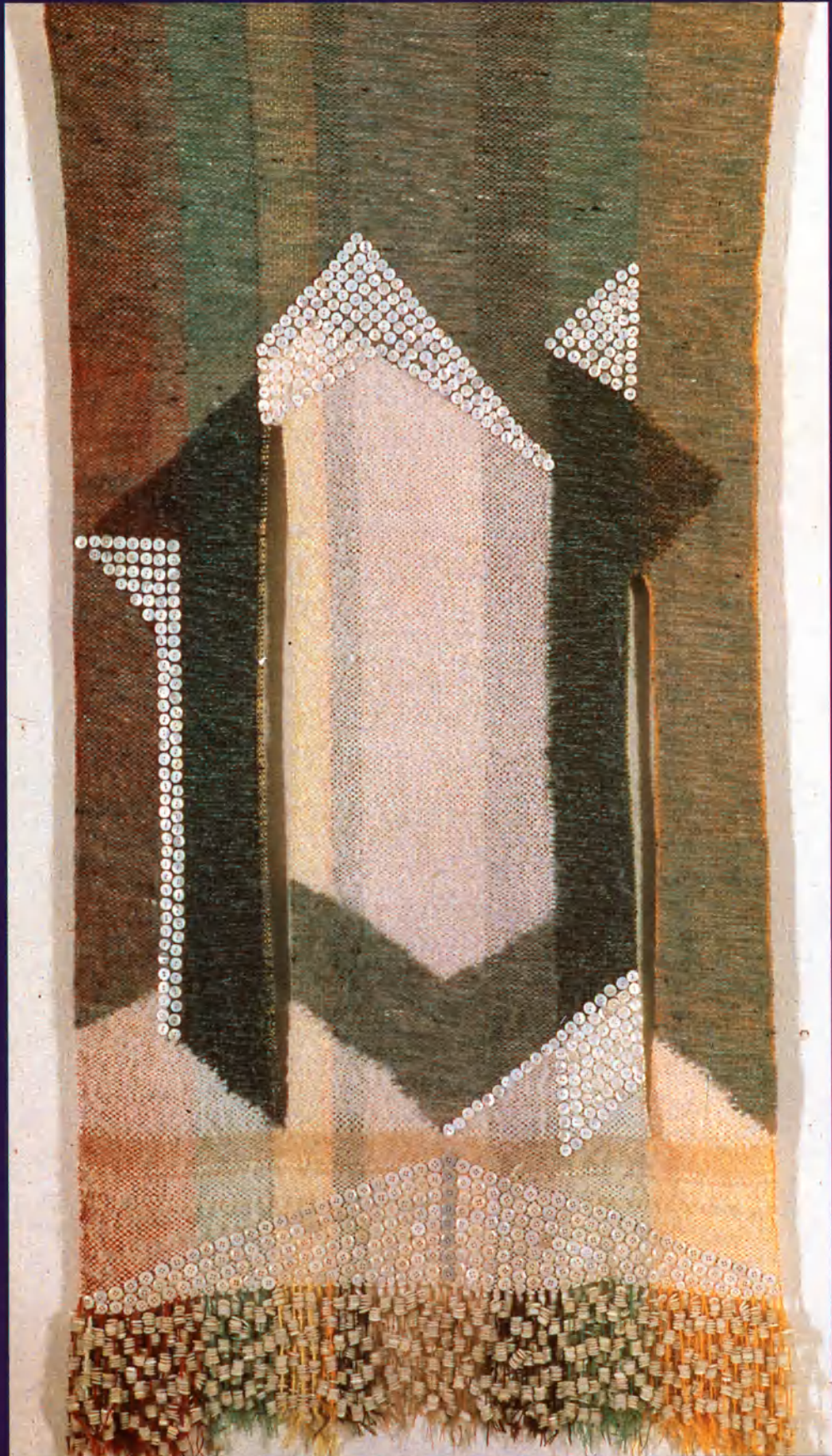
*relatando
la
historia*

CONSTRUIR
LA MEMORIA

MARZO 1990
15 francos franceses
(España: 400 pts. IVA incl.)

confluencias

Amigos lectores, para esta sección "Confluencias", enviennos una fotografía o una reproducción de una pintura, una escultura o un conjunto arquitectónico que representen a sus ojos un cruzamiento o mestizaje creador entre varias culturas, o bien dos obras de distinto origen cultural en las que perciban un parecido o una relación sorprendente. Remítannoslas junto con un comentario de dos o tres líneas firmado. Cada mes publicaremos en una página entera una de esas contribuciones enviadas por los lectores.



Enlace gráfico

1982, tapiz con trama de lana y urdimbre de fibras sintéticas, y botones, 85 x 178 cm, de Marie y Pierre Dionne.

Este tapiz realizado por dos artistas quebequeses en un telar tradicional tiene por tema una cabeza de hombre con un tricorno. Su originalidad reside en la riqueza de la inspiración técnica y estética. Empleando materiales clásicos y modernos, los artistas combinan el tratamiento cubista del espacio con un motivo inesperado en el que los botones recuerdan los que recubren ciertos trajes de ceremonia ingleses.



11

**RELATANDO LA HISTORIA
CONSTRUIR LA MEMORIA**

LA MEMORIA Y EL TIEMPO
por François Hartog 12

HERÓDOTO,
UN NARRADOR EXTRAORDINARIO
por Carmine Ampolo 16

TUCÍDIDES, EL POETA
por Paul Cartledge 20

CHINA: A LA SOMBRA DEL EMPERADOR
por Huo Datong 21

Judaísmo
"RECUERDA LOS DÍAS ANTIGUOS"
por Lionel Kochan 25

Cristianismo
ENTRE LA FE Y LA HISTORIA
por Friedrich Wilhelm Graf 30

Islam
EL REINADO DE LA CRONOLOGÍA
por Abdesselam Cheddadi 35

AFRICA: EL DOMINIO DEL TIEMPO
por Bogumil Jewsiewicki y V. Y. Mudimbe 40

URSS: EL FIN DE LAS "MANCHAS BLANCAS"
por Vladlen Sirotkin 43

4

Entrevista a
FRÉDÉRIC ROSSIF



45

**NOTICIAS
BREVES** 45

DIAGONALES
Los archivos considerados
como substancia alucinógena
por Michel Melot 46

RETRATO
Días parisienses
de Taha Husayn
por Charbel Dagher 48

PORVENIR
Cómo ven los jóvenes
a la Unesco 49

Nuestra portada:
Karnak, el más vasto conjunto
arquitectónico del antiguo Egipto
con los obeliscos de Hatshepsut y
de Tutmosis I.

Portada posterior:
Confucio y sus discípulos, obra
coreana del siglo XVII.

Consultor especial para este
número: François Hartog,
historiador y director de
estudios de la Escuela de
Altos Estudios de Ciencias
Sociales (París).

Amigos lectores,
La aventura ya no tiene un
horizonte geográfico.

Ya no hay continentes
vírgenes, ni océanos
desconocidos, ni islas
misteriosas. Y, sin embargo,
en muchos sentidos los
pueblos son aun extraños los
unos a los otros, y las
costumbres, las esperanzas
secretas y las convicciones
íntimas de cada uno de ellos
siguen siendo ignoradas en
gran medida por los demás...

Ulises ya no tiene pues un
espacio físico que recorrer.
Pero hay una nueva odisea
por iniciar con urgencia: la
exploración de los mil y un
paisajes culturales, de la
infinita variedad de
pensamientos y de sabidurías
vivientes, en suma el
descubrimiento de la
multiplicidad del hombre.

Esta es la odisea que les
propone *El Correo de la
Unesco* al ofrecerles cada
mes un tema de interés
universal, tratado por
autores de nacionalidades,
competencias y sensibilidades
diferentes. Una travesía de la
diversidad cultural del
mundo cuya brújula sea la
dignidad del Hombre de
todas las latitudes.

Frédéric Rossif

Has recorrido el mundo, visitado las regiones más diversas, conocido hombres de todas las latitudes. ¿Te atreverías a sugerir una definición global, general, de la aventura humana?

— Podría decir tal vez que el hombre, en todas partes, es un nómada del amor... En esta breve lucha que es nuestro paso por la tierra, frente a la inmensidad del tiempo, lo que hacemos es buscar. Realizamos un recorrido del combatiente durante el cual buscamos; ¿qué?: oasis —oasis para descansar y para tratar de ser felices. Lo que caracteriza al desierto es que nos ofrece espejismos, pero no nos devuelve un eco. Entonces, perseguimos el espejismo siempre más lejos, y todavía más lejos, pero siempre es un espejismo sin eco. En el trance final, se alcanza el espejismo que, para algunos, es el paraíso; para otros, la paz eterna; e incluso para otros, la muerte biológica. Al cruzar la vida se encuentran algunos momentos de amor, que son otros tantos oasis de felicidad, en un desierto que no responde jamás. Por ello, lo que es importante es formular las preguntas, y no el hecho de obtener las respuestas.

En los países occidentales suele adoptarse como emblema la divisa de Guillermo de Orange: “No es necesario esperar para emprender ni tener éxito para perseverar.” Es muy hermoso. Pero yo, que soy en cierto modo un aventurero del cine, prefiero la divisa de los guerreros zulúes, que dice lo siguiente: “Si avanzas, mueres; si retrocedes, mueres; entonces ¿para qué retroceder?” Lo siento muy profundamente. ¿Por qué rebajarse, por qué sufrir humillaciones, por qué obedecer a un tirano, si uno está condenado a la misma muerte que él?

Tus referencias tienen sus raíces en culturas diferentes. Te sientes a gusto por no pertenecer a ningún lugar en particular...

— Mis oasis son muy diversos. Siempre he buscado sabidurías y sensibilidades diferentes. Aunque vivo en Occidente, no quiero ser exclusivamente occidental. Es como ser exclusivamente de derecha o de izquierda,

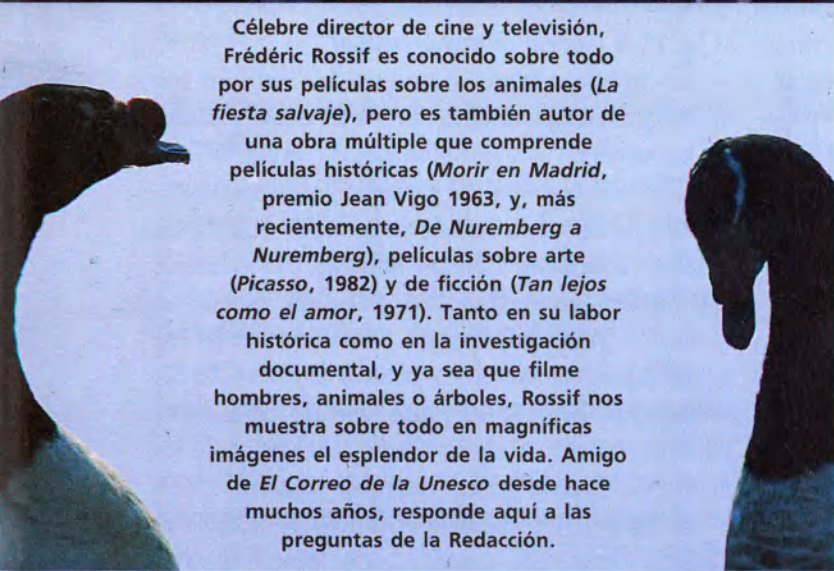
es decir, de acuerdo con la frase de Ortega y Gasset, condenarse a una hemiplejía moral. Ser solamente occidental es condenarse a una hemiplejía poética. Alguien que conociera Rimbaud y no los Vedas es alguien que, de los siete colores del arco iris, olvidaría tres o cuatro. Los Vedas me han permitido entrever una sabiduría que forma parte del sueño. Escuchen esta imagen: “Por la tarde, después de la batalla, las mariposas multicolores se posan indiferentemente sobre los héroes muertos y los vencedores dormidos.” No hay nada más profundo y más ligero a la vez que esta imagen del tiempo que pasa. También podría entenderse del siguiente modo: las mariposas multicolores viven un día, pero están aquí desde hace 80 millones de años; lo efímero no son ellas sino los hombres. Las mariposas se creen eternas porque, cuando una de ellas muere, ya ha producido, por un acto de amor, el nacimiento siguiente...

Hablas de la vida, del amor, de la muerte, como alguien que hubiera mirado la muerte de frente...

— Fue en Irán durante el rodaje de *Operas salvajes*. Seguíamos a unos lobos. Hay lobos soberbios en las montañas de los confines de Irán y de Iraq. Localizamos un lobo con su loba y sus crías, y lo seguimos en helicóptero. El lobo disminuyó la velocidad para incitarnos a perseguirlo y permitir que la loba y las crías se salvaran. Yo dije: “Sigamos el juego, ayudémoslo”. Lo seguimos, permitiendo que la loba y las crías se escaparan. Es característico del lobo ese sacrificio para salvar a los demás. Es un animal tímido y valiente. En un momento dado, nuestro lobo se volvió bruscamente. Para seguirlo el helicóptero dio la vuelta y chocó con la montaña. El motor se detuvo. Durante algunos segundos, tres o cuatro a lo sumo, tuvimos mucho miedo. El miedo debe liberar en el cerebro algunos elementos químicos que, al fusionarse, establecen un extraño contacto. Durante esos tres segundos, vi toda mi vida desarrollarse ante mí con una lentitud y una precisión extraordinarias. Es otra percepción del tiempo.



Célebre director de cine y televisión, Frédéric Rossif es conocido sobre todo por sus películas sobre los animales (*La fiesta salvaje*), pero es también autor de una obra múltiple que comprende películas históricas (*Morir en Madrid*, premio Jean Vigo 1963, y, más recientemente, *De Nuremberg a Nuremberg*), películas sobre arte (*Picasso*, 1982) y de ficción (*Tan lejos como el amor*, 1971). Tanto en su labor histórica como en la investigación documental, y ya sea que filme hombres, animales o árboles, Rossif nos muestra sobre todo en magníficas imágenes el esplendor de la vida. Amigo de *El Correo de la Unesco* desde hace muchos años, responde aquí a las preguntas de la Redacción.



La muerte nuevamente y las mariposas multicolores: es el tema de una de tus películas más conocidas, Morir en Madrid.

— *Morir en Madrid* fue hace mucho tiempo. Esa película fue muy atacada cuando salió. Por la extrema derecha, naturalmente, pero por la extrema izquierda también. Por todos aquellos que no ven más que lo blanco o lo negro en la vida. Y que ignoran que, en el peor de los canallas, puede haber un resplandor de poesía que hay que saber captar en el momento oportuno. La verdad de la vida, felizmente, es multicolor. La sutileza y los contrastes de las situaciones históricas son tales que jamás la historia se parece a una ideología.

No sólo hay lo blanco y lo negro, sino que, en algunas de tus películas hay, en todo caso, mucho negro.

— Hay que tratar de explicar lo negro más negro. Por ejemplo, al presentar el ascenso del nazismo hay que mostrar la inflación aterradora: un pedazo de pan que vale miles de millones de marcos. Es Dostoievski quien ha dicho: los que sufren terriblemente hacen cosas terribles. Si no se toma en cuenta la humillación acumulada es imposible comprender el surgimiento del nazismo hace cincuenta años —o, en nuestros días, el problema del terrorismo. La humillación es una de las cosas que hacen que no se preste atención a la propia vida. No sólo se acepta arriesgarla, sino que no se le presta atención. La humillación es la impalpable estructura que, desde hace siglos, impide que se encuentren los pueblos de Oriente y Occidente.

Se podría hacer una gran película sobre la historia de esa humillación. ¿Pero cómo sería recibida, a uno y otro lado de la impalpable frontera?

— Nunca se sabe qué hora es en el reloj invisible de la historia, nunca se sabe qué hora es en los gustos del público. Fontenelle, centenario, lo dijo de otro modo en su lecho de muerte. Cuando le preguntaban cuál era su mal, respondía: “Ninguno, como no sea el de existir. Siento una gran dificultad de ser.” Es él también quien observaba que, en una sala de teatro, 999



Sitting Bull y Buffalo Bill, documento histórico que figura en el filme de Frédéric Rossif *¿Por qué América?*

personas de inteligencia media, son, unidas, más inteligentes que un genio porque “se suman para entender”. Había sentido la capacidad multiplicada por diez de emoción y de comprensión de un público reunido, ese misterio de la inteligencia colectiva que hace que cada uno comprende mejor los matices de la pieza de teatro porque el amor de uno pasa al amor del otro, la emoción de uno arrastra, en una tormenta, la emoción del otro. Esta identidad colectiva puede encarnarse en las agrupaciones más equívocas. En la época de las Cruzadas, en Francia, había un orador muy grande que se llamaba Bernardo, san Bernardo. Hablaba en latín; la gente no entendía lo que decía; pero partían de todos modos, en masa, hacia una tumba vacía.

En los años cincuenta, cuando el presidente egipcio Abdel Nasser hablaba durante horas ante un micrófono, la gente no entendía todo lo que decía. Sin embargo, su voz metálica emitía una extraña vibración, una música que venía con el viento del desierto, que agotaba las sonoridades de la lengua árabe y que arrastraba a los árabes también a ir a liberar otra tumba vacía. Esta forma de comprensión colectiva puede tornarse mitológica, puede llegar a ser dramática.

Volvamos a lo que es tu terreno predilecto, lo audiovisual. En ese aspecto, ¿cómo se presentan los años venideros?

— Lo audiovisual del decenio que comienza recurrirá a los arlequines de la memoria, a las civilizaciones, a las historias de los hombres; recurrirá al corazón, a actores geniales que hablarán de nosotros simplemente, a la sensibilidad de los árboles y de los animales, a una

cultura de la vida, difusa en todas partes desde hace siglos, desde hace milenios. En resumen, recurrirá al corazón y a la memoria. Cada vez más, las emisiones del corazón y de la memoria tendrán una mayor audiencia que las construidas de acuerdo con el modelo norteamericano, que por lo demás ya está agotado.

¿Qué es el modelo norteamericano?

— El modelo norteamericano, en la televisión por ejemplo, es ese tipo de emisiones en las que se mezclan las variedades y las posibilidades de ganar dinero, donde reinan el cebo de la ganancia y una demagogia de bajo nivel, y con las que se pretende llegar a un público que se supone ávido y limitado. Otro ejemplo del modelo norteamericano: “Dallas”, donde se muestra a gentes pobres, que a veces se mueren de hambre, las inverosímiles aventuras de inverosímiles millonarios. Pero, a mi juicio, incluso en Estados Unidos, este género ha terminado: las bajezas de los héroes de “Dallas” ya no interesan a nadie.

La base de este modelo es la idea siguiente: “al público le gusta eso, démosle lo que busca”; hay en el público una incapacidad total de soñar, es lo que hay que darle para que no se aleje del aparato de televisión. Pero ahora el público ha vuelto a soñar. Y poco a poco el famoso modelo norteamericano se derrumba. Los propios norteamericanos son los primeros en haberlo entendido, pues los que dirigen los medios de comunicación en Estados Unidos son personas muy astutas. Han comprendido, antes que todo el mundo, que ese modelo estaba superado, que ya no pueden conformarse con presentar una película policial anodina donde siempre hay una persecución en coche, una

mujer desnuda, alardes espectaculares, etc. Se terminó. La mecánica de repetición ya no funciona. Esas imágenes y esas situaciones se han visto hasta tal punto que ya no atraen al público...

¿Qué hacen los norteamericanos para superar esa situación?

— Están volviendo a la inteligencia, a otro consenso. Quieren volver a Alexandre Dumas, a Walter Scott, a Shakespeare. De repente, entienden que el mundo al envejecer vuelve a encontrar su poesía. El corazón del mundo envejece, es como un fruto maduro, es más suave y más poético...

¿De ese nuevo consenso, Spielberg y Lucas son probablemente los pioneros?

— Sí, son pioneros. Recordemos la *Guerra de las estrellas*; es una película de una gran belleza, con imágenes propias de un pintor surrealista. Spielberg y Lucas fueron los primeros en entender el poder de la leyenda y del mito. Hubo seguramente un tiempo en que los hombres y los animales podían comunicarse entre sí. En todas las religiones, tanto las religiones paganas como las monoteístas o budistas, el sueño supremo es el del paraíso terrenal. El único mito que tienen en común es el del paraíso terrenal, es decir la idea de que los hombres, los animales y los elementos se hablan, la idea de un mundo de comunicación y de paz.

¿Es eso lo que has buscado en tus películas sobre los animales?

— Lo que he buscado en mis películas sobre los animales es el sentido de una frase de Gaston Bachelard que me marcó profundamente y que repito desde que comencé a hacer cine: "Los animales son nuestros más antiguos compañeros de sueños." Antes de que el hombre se tuviese de pie, antes de que comenzara a hablar vivió directa y permanentemente en compañía de los animales. Los animales fueron sus primeros modelos en los dibujos de las grutas, sus primeros emblemas totémicos; inspiraron sus temores, sus alegrías, sus sueños; el canto de los pájaros fue durante decenas de milenios su única música.

Se diría que para ti la comunicación es sinónimo de poesía...

— La comunicación del sueño, de la inmanencia, nos es cada vez más necesaria, cada vez más indispensable. Pero hay que añadir de inmediato: sólo puede desplegarse en un régimen democrático. La democracia, como decía Churchill, es el peor de los regímenes, con excepción de todos los demás. La comunicación en democracia es la peor de las comunicaciones, pero no hay otra manera de comunicar realmente. Por el hecho mismo de la dialéctica necesaria del sí y del no, de la provocación y de la respuesta, que da a nuestras palabras la justa medida, la parte de sol y de sombra.

En cuanto a la democracia, acaban de producirse, felizmente, avances formidables. En perjuicio de la ideología. La comunicación, en el sentido más vigoroso del término, saldrá fortalecida. ¿Y la cultura?

— Puede incluso afirmarse: la era de las ideologías llega a su fin, la era de las culturas comienza... En el sentido de que las libertades que se escapan de las cadenas ideológicas harán por fin surgir culturas profundas en cada país. Veamos, por ejemplo, la democratización en la Unión Soviética. Libera por fin todos los haces ocultos en la cultura de ese inmenso país: la novela, la poesía, la música, la religión también. La cultura necesita ese concierto de instrumentos múltiples para crear los sonidos extraordinarios que son la memoria y la inteligencia de los hombres.

¿No temes las contradicciones, las tensiones, incluso el desencadenamiento de la agresividad?

— Un creador siempre está *en contra*. Jamás es sumiso. ¿Por qué? Porque prevé lo que va a venir y que los demás, en torno a él, no ven nada. Un creador es también un profeta. Un profeta es alguien que recuerda, que tiene la memoria absoluta del porvenir porque conoce el pasado. Pero, una vez más, para el retorno de todas las memorias no hay más que un lugar, más que un ágora, que es la democracia.





¿A escala mundial, entonces?

— A escala mundial, ciertamente. Para el norte del planeta, ya está en marcha. Para el sur, no puede ya tardar mucho tiempo. En todas partes la democracia expulsará los temores, romperá las inhibiciones, permitirá todas las provocaciones y todas las poesías. Permitirá por fin a la gente soñar, y morir, libremente.

¿Qué respondes a los que consideran que estás un poco perdido en las nubes de la poesía y del sueño, que no tienes los pies sobre la tierra, en circunstancias que el mundo está lleno de sufrimientos, de convulsiones, de dramas?

— No hay nadie más realista que los poetas. En 1936 Paul Eluard escribía: “La tierra es azul como una naranja.” Todo el mundo rió. Cuando la primera nave espacial norteamericana, Pioneer, fotografió la tierra, se “vio” que la tierra se asemejaba a una naranja azul. ¡Eluard se había anticipado a Pioneer! Sólo los poetas son realistas. Van a lo esencial.

Ello me hace pensar en una entrevista que tuve con Mao Zedong. La última pregunta que le había formulado era la siguiente: “Señor Presidente, ¿cree usted que el comunismo sea una política con futuro para China?” Me había respondido negativamente. Estábamos en la gran sala del Palacio de los Emperadores, en la Ciudad Prohibida, llena de grandes sillones cubiertos con fundas blancas. Detrás de Mao Zedong estaban Lin Biao y Zhou Enlai. Ante la respuesta del Presidente, Lin Biao había tenido un sobresalto, Zhou Enlai no había reaccionado —lo que indicaba ya la diferencia entre los dos hombres.

Luego Mao había proseguido: “¿Sabe usted lo que son para nosotros doscientos cincuenta o trescientos

años. Apenas un tercio de la época de los Tang... Los Tang reinaron mil años en nuestro país.” Esa respuesta de Mao era sutil y hermosa. Creo que había querido decirme: para usted, occidental, ¿qué es el futuro político? ¿La próxima elección? Para nosotros, el futuro político son tres siglos...

Y me dije: qué extraordinario aporte a la historia y a la cultura del mundo, al conocimiento profundo de los hombres y de las cosas, podrá ofrecernos la China liberada inspirándose simultáneamente en los preceptos de Confucio, del Tao, de los antiguos poetas chinos, de Sun Yat Sen y de Mao Zedong... Esta rama esencial de la historia universal, aislada en gran medida del resto de la humanidad desde hace cinco mil años, se proyectará entonces hacia nosotros, ofreciéndonos su memoria como un inestimable tesoro perdido y por fin recuperado...

¿Tal vez podríamos, para terminar, definir el proyecto de programa cultural de televisión que preparas con El Correo de la Unesco?

— Sí. Vamos a hacer juntos ese programa que hemos decidido titular el “Diván de Schahrasad”. Hace años que nos conocemos y que lo estamos analizando, discutiendo, sin que hayamos podido montarlo hasta ahora porque la vida está hecha de matrimonios fracasados, de amores ilusorios y de ocasiones perdidas —o de ocasiones que creemos perdidas y que, en realidad, simplemente no estaban maduras. La ocasión está ahí.

El “Diván de Schahrasad” viene a responder a una necesidad que se ha tornado urgente. Con temas pluriculturales, grandes reportajes que abarcarán el planeta, entrevistas de creadores y de sabios, bibliotecas que formarán una sola biblioteca y museos que formarán un solo museo, con las trescientas maravillas del mundo que formarán una sola cadena de maravillas, nuestro programa deberá responder a un inmenso deseo de sueño y de conocimiento confundidos, de viaje maravillado a través de los continentes de la cultura y los océanos del saber. Es exactamente el tipo de emisiones para la televisión del mañana que tendremos que ofrecer a partir de hoy.

En el fondo, este programa estamos en cierto modo obligados a hacerlo: hay algo que nos lleva, casi a pesar nuestro, una especie de fluido que está en el aire, que se llama la opinión pública, que nadie ha podido definir jamás y que nos define a todos. No sabemos por qué, pero sabemos que esta forma de expresión es necesaria. Los signos que la anuncian están en todas partes. Y en primer lugar, en el auge de las esperanzas democráticas que, cada vez más, piden una creatividad liberada del desprecio por los demás y basada, por el contrario, en el respeto de todos los demás.

Todos los demás... Hay que tender puentes entre el este y el oeste, pero también entre el norte y el sur, es decir entre las sociedades de cultura europea y todas las demás sociedades...

— Son esos puentes los que más hacen falta. Nuestro programa deberá multiplicarlos convirtiéndose en el traductor de los cantos de todos los poetas, el amplificador de todos los tam-tams, el tambor gracias al cual la música africana o asiática encontrará el ritmo que impresionará a los occidentales... El secreto consiste en no hacer ver u oír la creación en bruto, sino en situarla adecuadamente y vincularla a lo que la esclarece. Si, por ejemplo, se quiere presentar la cultura indonesia al público europeo, se comenzará por mostrar rostros de indonesios en medio de los colores que les son caros; luego una vista aérea de la geografía rural de Indonesia, hecha de pequeñas parcelas —un cuadro abstracto. En seguida, se entra en el templo de Borobudur, ejemplo sin precedentes de un santuario budista salvaguardado y restaurado, sin reparar en gastos, por un pueblo musulmán. Finalmente, se pasa la música de Gamelang, una de las músicas más bellas del mundo... Los europeos seguirán entonces sin dificultades el ritmo de esa música. Si uno les hubiera hecho oír, sin transición, esas partituras tan sutiles, les habrían chocado. Se trata, por consiguiente, de restablecer en su aura natural y poética fenómenos culturales que serán entonces inmediatamente accesibles a todos.

Otro ejemplo. Los derviches bailarines, que viven en las montañas entre Iraq e Irán. Si se muestra a estos derviches, sin preámbulo, danzando hasta caer en trance, sin duda la situación chocará al gran público. Pero si se empieza por mostrarlos en su esencia, con una soberbia imagen en cámara lenta del vuelo de las cigüeñas en el cielo, y si, a continuación, se sigue a un lobo en la montaña que encuentra solo el camino del santuario donde los derviches han empezado a cantar, si se explica que derviche quiere decir pobre, y si el telespectador ve por fin, en una sucesión de planos fijos, a los derviches que retoman el impulso de las cigüeñas... entonces los percibirá y los aceptará de otro modo. Somos los introductores, los mediadores, he ahí lo que somos. Cada cultura tiene necesidad, ante las otras, de una mediación. Debemos ofrecer esta mediación a las culturas del sur ante las culturas del norte. Y viceversa, por lo demás.

El “Diván de Schahrasad” es el milagro de esa maravillosa muchacha que, durante mil y una noches, va a mantener en suspenso al sultán contándole historias de otros lugares. Ese milagro nos recuerda, simplemente, que el lenguaje está hecho para enseñar a los hijos de los hombres a conocer los sueños de los demás. Eso es lo importante y eso es lo que vamos a procurar hacer juntos —para los telespectadores del mundo entero. Seremos entonces, para estos últimos, los guionistas de los sueños anunciadores del tercer milenio. ■





TODAS las sociedades tienen una historia pero no todas han hecho historia ni poseen de ésta la misma concepción. Según sus formas de organización y sus mecanismos de poder, el empleo o no de la escritura, la naturaleza de la religión dominante —presencia o ausencia de textos revelados o de un Dios trascendente— o la actitud adoptada ante el tiempo y la muerte, las diversas civilizaciones han otorgado a la memoria estatutos diferentes.

Hoy día resulta cada vez más difícil enunciar esa multiplicidad de sistemas de representación dado que una determinada forma de historia tiende a convertirse en algo evidente e incluso en una exigencia universal: una historia cuyo desarrollo cronológico es irreversible, historia del príncipe, de la nación, del pueblo, del mundo.

Asistimos incluso a una suerte de aceleración de esta historia en la medida en que cada grupo, institución o Estado se siente obligado a escribir su propia historia. No sólo la pasada sino la que se desarrolla ante nuestros ojos: ¿la televisión no nos suministra acaso un cúmulo de gestos o de frases “históricas” que hay que asimilar diariamente? ¡Una historia en presente que se mira a sí misma como si ya formara parte del pasado! Con la era de los medios de comunicación hemos entrado tal vez en la edad en que “todo es historia”.

Pero, paralelamente, se manifiesta la preocupación, a veces la obsesión, de presentar percepciones históricas anteriores y de reconstruir memorias perdidas, borradas, reprimidas —vergonzosas o gloriosas—, memoria oral o escrita, colonial o contemporánea, memoria de Auschwitz o del Gulag, pero sobre todo memoria de las víctimas de la historia. La memoria se convierte en objeto de la historia al mismo tiempo que se elabora una historia de la memoria...

El Correo de la Unesco se ha propuesto explorar ese vasto territorio. Pero para analizar la aparición de las múltiples formas de historia, situar ciertas trayectorias y esbozar algunas comparaciones, pronto advertimos que un solo número de nuestra revista no era suficiente y decidimos entonces consagrar al tema dos números sucesivos.

El primero, que presentamos hoy, versa sobre la historia y la memoria o cómo la historia ha dominado el tiempo... y vencido el olvido.

Alegoría de la Historia
escribiendo bajo la dirección
de Minerva (detalle).
Cuadro de Charles Joseph
Natoire (1700-1777).

*De una cultura a otra, la
concepción del tiempo varía.
De ningún modo sinónimas,
memoria e historia forman a
veces una pareja conflictiva.*

La memoria



y el tiempo

POR FRANÇOIS HARTOG



Construcción de la Torre de Babel. Pintura flamenca del siglo XVI.

CUANDO hablamos, hoy en día, de la historia, escribe el antropólogo francés Louis Dumont, no estamos pensando solamente en una cronología absoluta o relativa, sino en una cadena causal, o mejor dicho en un conjunto de cambios significativos. Vivir en la historia es para nosotros percibir el ser de los hombres, de las sociedades y de las civilizaciones en su desarrollo a través del tiempo. Casi llegaríamos hasta creer que sólo el cambio tiene sentido y que la permanencia no lo tiene, en circunstancias que la mayoría de las sociedades han creído lo contrario.¹

Esta concepción del tiempo como vector y factor de progreso aparece en el siglo XVIII en la Europa de las Luces: es la versión laica de una visión cristiana jalonada por la Creación, la Encarnación y el Fin de los tiempos. Encuentra su consagración en la filosofía de la historia de Hegel y en el materialismo histórico de Marx. La verdad ya no está en un Libro, es la historia la que se da como el libro verdadero del “alma humana en los tiempos y las naciones” (Herder), donde se descifra la inmortalidad, por lo menos virtual, de la humanidad.

El tiempo se convierte, en la práctica histórica, en un instrumento: se identifica con la cronología, principio de clasificación por excelencia. El mayor pecado es entonces el anacronismo.

Y sin embargo existen otras relaciones con el tiempo —tiempos diferentes— en los que la ley de la sucesión es reemplazada por fenómenos de acumulación, de superposición, de imitación, de coexistencia, de reabsorción.

Una memoria al margen del tiempo

Así, en la India brahmánica, la memoria no se preocupa del encadenamiento de los recuerdos y de su distribución según una cronología. Se buscaría en vano, escribe el indianista francés Charles Malmoud, la idea de un “mundo de la memoria”. “Lejos de dibujar los contornos de una biografía, los recuerdos convierten los límites de la persona en una zona difusa y en un anillo que no se ha cerrado.” Hasta el punto de que “si he dominado las técnicas apropiadas, y sobre todo si he ganado los méritos necesarios, puedo, como se sabe, recordar mis vidas anteriores”.

Junto a esta memoria ordinaria, vuelta hacia la rememoración, existe otra, trabajada, reservada, estrechamente controlada, volcada enteramente hacia la memorización. En ella descansa el aprendizaje de memoria del texto sagrado del Veda: libro escrito, sin duda, desde el siglo III a.C. por lo menos, pero que, para su transmisión, se basa no en la escritura, sino primordialmente en la voz. Gracias a un conjunto de técnicas muy elaboradas que conducen a “desarticular” el texto, los brahmanes logran su “incorporación” progresiva a la persona del alumno. Pues la recitación debe hacerse sin cometer faltas: un error sería a la vez un pecado y una catástrofe en el plano del ritual.

Al término de esta ascesis, el texto se da como un objeto liberado de todo contexto e intemporal.

Esta cultura de la memoria se sitúa en las antípodas del afán historiográfico tal como se ha desarrollado en Occidente: es otra temporalidad, otra memoria, otra historicidad.

Historia en el pasado, historia en el presente

Desde la iniciación de sus *Historias*, Heródoto, el padre de la historia occidental, afirma, en efecto, que quiere salvar del olvido las marcas de la actividad de los hombres. Frente a la inmuta-

bilidad de la naturaleza y a la inmortalidad de los dioses, el historiador encontrará con su palabra y conservará con su escritura esas huellas esencialmente efímeras. Sucesor del aedo épico, se considera un "maestro" de inmortalidad.

Si de entrada historia y memoria están ligadas, sus relaciones han sido complejas, cambiantes y conflictivas. Ya Tucídides, convencido de que sólo la historia del presente puede ser "científica", llegó a la conclusión de que la historia se hace en gran medida contra la memoria, siempre en falta. Y sus lejanos colegas del siglo XIX son partidarios también de una estricta separación entre una y otra, pero en nombre, esta vez, de un ideal, del



Arriba, brahmán visnuita con versículos sagrados pintados en la frente. A la derecha, brahmanes durante la oración en el templo de Shiva en Chidambaram, en el sur de la India.



FRANÇOIS HARTOG,
historiador francés, es
director de estudios de la
Escuela de Altos Estudios de
Ciencias Sociales (París). Se
dedica a la historiografía
antigua y moderna. Ha
publicado, entre otras obras,
Le miroir d'Herodote (El
espejo de Heródoto, 1980) y
*Le 19^e siècle et l'histoire:
le cas Fustel de Coulanges*
(El siglo XIX y la historia:
el caso de Fustel de
Coulanges, 1988).

ideal de una historia en el pasado y solamente en el pasado —la historia concluye donde empieza la memoria.

Sólo recientemente se ha producido un vuelco: la memoria ha invadido el campo de la historia. De ahí la obligación que surge de repensar una y otra. ¿Cómo, tratándose del exterminio de los judíos por los nazis —la Shoah—, conciliar la exigencia de memoria con la necesidad de historia? Hasta ahora considerada impura, la memoria se convierte en un objeto de historia: hay ya una historia de la memoria.

Un pueblo-memoria

Zakhor, “recuerda” en hebreo, tal es la exhortación que jalona el relato bíblico y todo el judaísmo. Sin cesar Israel recibe la orden de acordarse, de no ceder al olvido. *Zakhor* es también el título de un libro de Yosef Yerushalmi, que parte de este imperativo de memoria para estudiar la relación de los judíos con su pasado. Texto escrito, texto sagrado, la Biblia es en primer lugar un texto revelado, como el Veda. Igualmente, hay que estudiar la Tora,² aprender, memorizar.

Pero la relación con el libro es muy distinta que en el caso del Veda. Nada que conduzca a desarticularlo y a sacarlo de su contexto. Lo que importa, por el contrario, es lo que ha pasado, el acontecimiento mismo, y la manera como ha ocurrido: empezando por la revelación divina. La revelación es historia y, desde la salida del Paraíso, el tiempo de los orígenes se ha transformado en tiempo histórico. Por ello el relato bíblico, histórico en su estructura profunda, debe ser la memoria de esta marcha del tiempo y de los hombres: memoria de la historia o memoria de los hombres.

Pero la exigencia de memoria no implica ninguna curiosidad por el pasado propiamente dicho. Ni la idea de que es preciso, como querrá Heródoto, salvar los *erga* —las marcas que valen la pena de la actividad de los hombres. El único pasado que importa es el de las intervenciones de Dios en la historia con las reacciones humanas que acarrearón.

Ahora bien, si los judíos no renunciaron jamás al imperativo de la memoria, llegó un tiempo en que ya no escribieron historia. ¿Quizá fueron incluso tanto más un “pueblo-memoria” cuanto que cesó esta escritura? Memoria e historia, hasta entonces reunidas, parecían separarse. La literatura rabínica, después de la Biblia, no tiene nada de historiográfico.

La línea divisoria coincide, como ya se ha señalado, con el sínodo de Yabne (hacia 100 d.C.), que fijó el canon definitivo de la Biblia. Como una excepción que viene a confirmar la regla, en el ámbito de la historiografía se destaca la figura de Flavio Josefo, sacerdote e historiador. Aunque haya que esperar dos siglos antes de que aparezca otro judío que se declare historiador, Yerushalmi estima que sería un error llegar a la conclusión de que los rabinos no se interesan por la historia;

al contrario, su actitud se explica mejor si se les atribuye una “impregnación absoluta” por la historia. Libro de la historia que ha tenido lugar, la Biblia da también la trama de toda la historia presente y futura. El sentido es claro; todo lo demás es sólo contingencia sin verdadero interés.

Únicamente este *fin* de la historia, de su escritura por lo menos, importa aquí. Esta suscita un conjunto de difíciles cuestiones y en particular la siguiente: ¿qué vínculo se establece entre la historia y el lugar? A falta de lugar, una vez destruido el segundo Templo, ¿la escritura de la historia es (aun) posible? De nuevo Flavio Josefo podría prestar testimonio, él que subraya con vigor el



Tora conservada en la sinagoga del viejo Cairo.

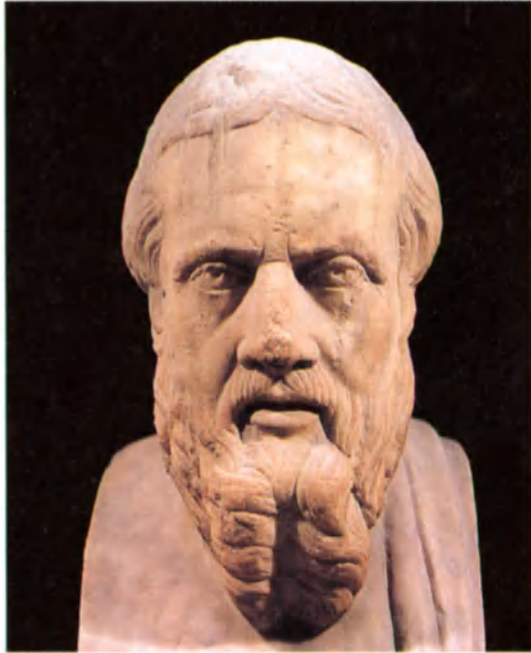
vínculo entre la historiografía, en su posibilidad misma y su ejercicio, y el Templo que, exclusivamente, acredita y autoriza al “historiador”.

En cuanto a Yabne, la escuela abierta por Yochanan ben Zakkai, en el momento de la destrucción del Templo, fue un “lugar de memoria” pero no un taller de historia. Freud, en 1938, lo dice admirablemente: “La desgracia política de la nación (judía) le enseñó a apreciar el valor de la única propiedad que le quedaba, su Escritura. Inmediatamente después de la destrucción del Templo de Jerusalén por Tito, el rabino Yochanan ben Zakkai solicitó autorización para abrir la primera escuela donde se enseñaba la Tora, en Yabne. A partir de ese momento la Escritura santa y el interés espiritual fueron los que mantuvieron unido al pueblo dispersado.” ■

1. Louis Dumont, *La civilisation indienne et nous*, París, A. Colin, 1964.

2. Los cinco primeros libros de la Biblia hebrea. N.D.L.R.

Heródoto, un narrador extraordinario



POR CARMINE AMPOLO

“**H**E aquí la relación de las investigaciones llevadas a cabo por Heródoto de Halicarnaso, a fin de que los acontecimientos humanos no desaparezcan con el tiempo y que las grandes y maravillosas acciones realizadas por los griegos y los bárbaros no pierdan su celebridad, en lo que atañe particularmente a las razones por las cuales se hicieron la guerra.”

Con este preámbulo a sus *Historias*, Heródoto nos da lo que tal vez sea la primera definición de las metas y el oficio de historiador. Unos sesenta años antes su precursor, Hecateo de Mileto, que se dedicó sobre todo a racionalizar las leyendas del patrimonio mítico de los griegos, precisaba sus intenciones en los siguientes términos: “Así habla Hecateo de Mileto: escribo estas cosas en la medida en que me parecen verídicas; de hecho, las leyendas de los griegos son numerosas y ridículas, por lo menos en mi opinión.” De ese modo afirmaba ya el papel del autor, hasta la exasperación, y planteaba las dos exigencias que inspirarán, en el mundo helénico, el género historiográfico: la escritura y la veracidad.

Pero con Heródoto el tono cambia. No trata de dar su interpretación personal de lo que se relata (la mayoría de las veces confronta las distintas versiones que ha recogido) y quiere exponer sus investigaciones y dar a conocer sus búsquedas. La historia tal como él la entiende es a la vez investigación y narración. Con él aparecen los que durante siglos constituirán los dos elementos principales de la historiografía griega. Esta destacará a veces uno y a veces el otro, pero dando siempre prioridad, incluso en los historiadores más narrativos, al imperativo de la veracidad.

El narrador

Cuando Heródoto define su obra como una “exposición de sus investigaciones”, la “narración de una búsqueda”, hay que entender que este término ambivalente incluye tanto la transmisión oral de una historia como su formulación escrita. Lo oral y lo escrito se confunden íntimamente en las *Historias*. Heródoto, en efecto, presentaba los diversos relatos que componían su obra, los



A la izquierda, busto de Herodoto. Arriba, *Pompas solemnes del rey Ciro en Babilonia*, grabado anónimo de 1820.

CARMINE AMPOLO, historiador italiano, es profesor de historia griega de la Universidad de Pisa. Ha estudiado los orígenes de Roma, la política y la sociedad griegas así como las relaciones entre mito e historia. Entre las obras que ha publicado cabe mencionar *La città antica* (La ciudad antigua) y *Le vite di Teseo e di Romolo* (Las vidas de Teseo y de Rómulo, 1988).



logoi, durante lecturas públicas. Así lo confirman las alusiones a las reacciones de los auditores que aparecen en el texto mismo, a la vez que la estructura circular de su prosa.

Esta práctica influyó profundamente en la composición, que puede parecer heterogénea, con sus innumerables digresiones imbricadas a veces las unas en las otras como cajas chinas o muñecas rusas. Más pintor que escultor, Heródoto es un excelente narrador y domina el arte de cautivar, con un detalle, un episodio o un personaje, al auditor-lector.

A menudo Heródoto relata un cuento: lo oral se suma a lo oral. Así, después de haber contado la victoria de los atenienses sobre los persas en Maratón, prosigue con la historia de Epizelos que perdió la vista en la batalla sin haber sido golpeado: “He oído decir que Epizelos, hablando de su desgracia, cuenta que le había parecido que un hoplita de inmensa estatura, cuya barba cubría enteramente su escudo, se había colocado ante él y que, después de pasar adelante, ese fantasma había dado muerte al soldado que combatía a su

lado. Ese es, según me han dicho, el relato de Epizelos.” Sería un error ver solamente aquí uno de los numerosos casos en que Heródoto refiere una información oral. Es un ejemplo del juego de espejos que aparece constantemente: Epizelos relata su historia, otros la repiten, Heródoto la escucha y la cuenta a su vez.

No es sólo el gusto por lo prodigioso y lo maravilloso —que se ha reprochado a menudo a Heródoto— lo que aquí se expresa, sino el placer de intrigar y de sorprender. Sabe excitar la curiosidad porque la suya es inmensa. Quisiera conocer cada detalle extraño, las costumbres de cada pueblo, todas las maravillas —acontecimientos, inventos o monumentos como las pirámides de Egipto, el laberinto de Moeris o los muros de Babilonia. Para conocer, Heródoto viaja, pide datos a los que pueden informarle en el país — sabios, sacerdotes o personas anónimas: “Deseoso de saber, interrogo.”

El motivo de este frenesí de investigación aparece claramente en el preámbulo: el historiador debe luchar contra el tiempo, conservar lo que



le parece memorable. En las ciudades y los santuarios griegos había ya especialistas en la memoria (*mnemones*) encargados de recordar y de registrar los hechos divinos y humanos. Pero nuestro historiador se sitúa en un plano muy superior al puramente jurídico-sagrado de los *mnemones*. Las acciones y las obras (*erga*) que refiere, todas esas hazañas, deben conservar el *kleos* —su aureola de gloria y su fama. Heródoto aparece en cierto sentido como el continuador del poeta épico. Este transmite la gesta de los héroes, el historiador las gestas de los hombres.

Esta curiosidad inagotable del investigador y del viajero que fue Heródoto amplió considerablemente el marco de la obra histórica. Ya no se compone sólo de mitos, de listas genealógicas, de indicaciones histórico-etnográficas sobre pueblos o comunidades. Aunque quería conservar una materia lo más vasta posible, tuvo que optar entre los hechos que era preciso salvar. Para el que se fija como meta las “grandes y maravillosas acciones”, no todo es memorable.

Heródoto era consciente del lugar que ocupaban, en la estructura de sus historias, los largos paréntesis del historiador-narrador. Confiesa incluso en una ocasión: “Mi *logos* (relato) desde el comienzo se ha solazado en la digresión.” Para comprender esta actitud, no hay que referirse a nuestros criterios modernos ni tampoco a los autores griegos posteriores cuyas obras, destinadas solamente a los lectores, parecían mejor construidas. En una obra que se dirige primero a los

auditores y sólo en segundo lugar a los lectores, la oralidad inspira la elaboración y también la elección del material. No basta que los detalles sean históricamente reveladores o admirables, es necesario también que gusten y que, gloriosos o infames, golpeen la sensibilidad del público tanto como la curiosidad del narrador.

El investigador

¿Pero cuál es el material de base de Heródoto? La historia y las costumbres de las poblaciones incorporadas al imperio persa o, como los escitas, combatidas sin éxito por éste, ocupan gran parte de la obra, junto a hechos ligados a las ciudades griegas de los siglos VI y V a.C. Pero todo culmina, en realidad, con la confrontación entre griegos y persas, es decir menos de la mitad del conjunto.

Heródoto no habla entonces de un solo pueblo, ni siquiera de una sola ciudad griega o de toda Grecia; no erige barreras, no muestra ningún desprecio, en suma, no hace ninguna diferencia entre los griegos y los demás “bárbaros”. Hijo de una época en la que se afirma, gracias al movimiento de pensamiento de los sofistas, un relativismo cultural, originario de una región situada en la frontera entre Oriente y Occidente, hace gala de curiosidad, atención e incluso respeto por las demás culturas.

Las observa sin embargo con la mirada de un griego. Fiel a una concepción típicamente

Combate entre griegos y bárbaros. Friso de mármol del monumento de las Nereidas (hacia 400 a.C.), de Xanthos (Asia Menor), que se conserva en el Museo Británico de Londres.



helénica que convierte al otro en la imagen invertida de sí mismo, nos presenta el comportamiento de los demás pueblos como la antítesis del de los griegos. Entre los egipcios, “son las mujeres las que van al mercado y practican el comercio; los hombres se quedan en casa tejiendo... Los hombres llevan los bultos en la cabeza y las mujeres sobre los hombros...” Y esta enumeración de sus diferencias concluye así: “Los griegos escriben sus letras y alinean las piedrecillas que sirven para el cálculo moviendo la mano de izquierda a derecha; los egipcios hacen lo contrario: escriben y cuentan de derecha a izquierda y, al hacerlo, pretenden que escriben al derecho y que los demás escriben al revés.”

Proceder por oposición aparece aquí como una forma de clasificar y, por ende, de comprender. Pero observa también similitudes, que destaca honestamente, como en el caso de los espartanos. Sus costumbres al morir un rey, anota, son “las mismas que las de los bárbaros de Asia” y ese pueblo es “semejante a los egipcios pues los heraldos, los flautistas y los cocineros heredan el oficio de sus padres”.

Aunque no llega a afirmar, como Tucídides, que los griegos vivían antaño como lo hacen hoy los bárbaros, y si bien mantiene una distancia entre ambos mundos, no los considera como dos bloques monolíticos uno de los cuales sería sistemáticamente inferior al otro o de más bajo nivel cultural. Por diferentes que sean, atribuye a los bárbaros muchas innovaciones, viendo por ejemplo un antiguo origen egipcio en las divinidades griegas y estimando que la civilización egipcia es más antigua que la de los griegos y numerosas las virtudes de los persas.

Las *Historias* concluyen con una anécdota reveladora. Para convencer a los persas de no

tratar de establecerse en territorios más fértiles, el rey Ciro declara a sus tropas: “Los griegos han preferido conservar su libertad en una tierra árida en vez de ser esclavos cultivando praderas fértiles para los demás.” He ahí, dicha por el soberano persa, una verdad que concierne en primer lugar a los griegos. Es igualmente entre los persas donde Heródoto sitúa una discusión acerca de la mejor forma de gobierno — democrático, oligárquico o monárquico. El persa es un extranjero, un enemigo, pero no es completamente diferente. Incluso podría, al menos en teoría, ser semejante al griego, del mismo modo que los griegos, en algunas características, se asemejan a los bárbaros.

Por lo demás, Heródoto no procura describir una serie de acontecimientos míticos o históricos desde sus orígenes o a partir de uno de los hitos tradicionales de la historia griega, como lo harán otros historiadores con posterioridad. Su campo de estudio — las guerras médicas y las generaciones inmediatamente precedentes— abarca un periodo relativamente reciente. Lo que está muy distante en el tiempo se deja a los poetas y a los genealogistas. Tiene la misma actitud respecto de Egipto: distingue lo que ha visto en persona de las informaciones que ha recogido de los egipcios. Si recurre a sabios persas, fenicios o egipcios para conocer episodios míticos, como el rapto de Helena y la guerra de Troya, es sobre todo para reconstituir los comienzos de las guerras médicas y entender mejor las causas del conflicto.

Al elegir para sus investigaciones acontecimientos recientes, de los que podía tener un conocimiento directo, Heródoto orienta la historiografía de manera decisiva. Tucídides irá aun más lejos centrándola en la época contemporánea. ■

El sitio de Troya. Bajorrelieve griego en piedra cálcarea blanca (siglo IV a.C.), procedente de Trysa (actual Turquía), que se conserva en el Museo de Historia del Arte de Viena.



Tucídides

EL POETA

DE este historiador sólo sabemos lo poco que se desprende de la única obra por él escrita. Nació probablemente en el seno de una familia rica de aristócratas atenienses con importantes vínculos en el extranjero, hacia 455 a.C. Atenas se encuentra entonces en la cúspide de su poderío: gracias a su flota de guerra equipada con trirremes de 170 remos, su imperio del mar Egeo, frente al poder de los persas, está en su apogeo y su sistema democrático acaba de experimentar una renovación radical gracias a las reformas de Pericles. Imperio ateniense, democracia, Pericles: tales son los ejes en torno a los cuales se proyecta el relato comprometido que Tucídides nos ha dejado de la guerra del Peloponeso (431-404 a.C., pero su libro se interrumpe en medio de una frase un día del verano de 411).

En ese conflicto ideológico y militar Tucídides es actor —y muy importante. Elegido estratega en 424 por los ciudadanos de Atenas, se ve obligado a exiliarse el mismo año después de un fracaso del que no es responsable. Este exilio, que se prolonga hasta el término del conflicto, le permitirá, según afirma, ver las cosas teniendo en cuenta el punto de vista del adversario, en ese caso Esparta. Sin embargo, pese a su aparente objetividad, no puede dejar de exaltar las condiciones de estadista de Pericles, condenando con la mayor amargura la locura del pueblo ateniense y de los demagogos que acarrearón su pérdida, entregándonos indirectamente sus comentarios sobre su destino político personal y sobre el de su patria.

Tucídides quiere hacer de su historia una “adquisición para siempre”. Lo logró por dos razones. Primero, como implica el título mismo de su libro, *Historia de la guerra del Peloponeso*, supo indiscutiblemente imponer a la posteridad su propia visión del conflicto. En efecto, desde el punto de vista de Esparta, se trata de un conflicto local, dirigido contra Atenas y contra los aliados y los súbditos de su imperio. Son pocos, en esa época, los que estimaban como él que era Esparta la que había abierto las hostilidades y que había que ver en esa guerra un enfrentamiento ininterrumpido de veintisiete años y no dos campañas militares de diez años interrumpidas por siete años de lo que podría

POR PAUL
CARTLEDGE

llamarse una paz discutible. Pero es tal la capacidad de convicción de Tucídides que nos resulta casi imposible mirar actualmente, no sólo la guerra entre Atenas y Esparta, sino toda la historia de la segunda mitad del siglo V a.C. —esa época de oro que fue para Atenas el siglo de Pericles—, desde un punto de vista diferente del de nuestro autor.

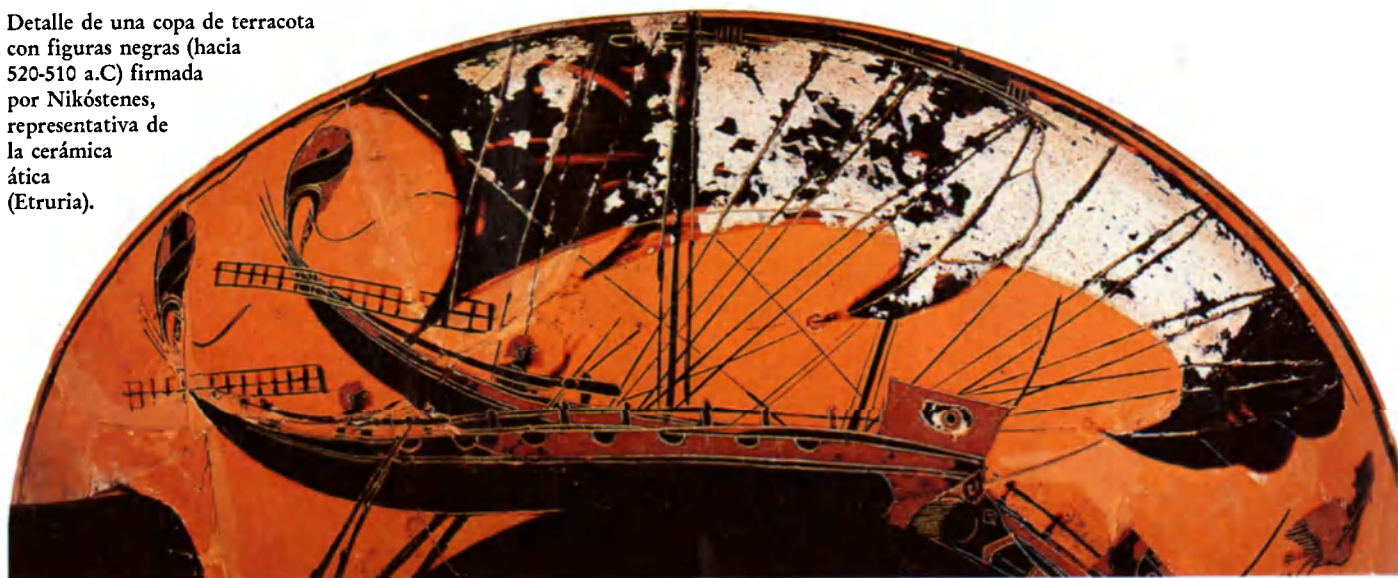
Un segundo tema importante son los discursos y debates históricos que figuran en su relato. No cabe duda de que para reproducir su contenido se apoya en reseñas fidedignas de las palabras pronunciadas o de los aspectos primordiales de la argumentación, pero “re-escibe” todos esos discursos en un estilo inimitable y con un singular vigor de pensamiento. Los historiadores distan mucho de estar de acuerdo sobre la fidelidad histórica de esas “recreaciones” de Tucídides y sobre el lugar que les asigna en la estructura de la obra. Ningún fragmento del historiador griego ha suscitado más controversias que el “Diálogo de Milo”, su versión de las negociaciones que tuvieron lugar en 416-415 entre los generales atenienses y los oligarcas en el poder en la isla egea de Milo. No puede haber asistido a esas negociaciones, cuya importancia histórica fue por lo demás secundaria; es en un fragmento semejante, me parece, donde se ve que en Tucídides el “historiador científico” cede el paso al moralista, al teórico de la política o al poeta trágico en prosa.

Hay ahí una dramatización que nos es completamente ajena, pero si la empleó de modo deliberado, fue probablemente para comunicarnos mejor una lección, una verdad que le parecía de utilidad permanente.

Por mi parte, creo entenderla así: los estados constituidos no actúan jamás entre ellos en función de los preceptos morales a los que obedecen las colectividades humanas que los componen, sino movidos por una forma de egoísmo colectivo cuyos motivos son la seguridad, el prestigio y los intereses económicos. Ahora bien, si consideramos los puntos candentes, reales o potenciales, de nuestra actualidad planetaria, ¿hay uno solo que escape a esta ley inexorable? Tucídides, entonces, sigue estando de actualidad. ■

PAUL CARTLEDGE, historiador británico, es profesor de historia antigua de la Universidad de Cambridge (Reino Unido). Es autor, entre otras, de una obra sobre Esparta y Laconia de 1300 a 362 a.C. (1979).

Detalle de una copa de terracota con figuras negras (hacia 520-510 a.C.) firmada por Nikóstenes, representativa de la cerámica ática (Etruria).





China: a la sombra del Emperador

POR HUO DATONG

DE acuerdo con la tradición, el primer historiógrafo chino se llamaba Cangjie. Trabajaba al servicio de Huang-di, soberano legendario (tercer milenio a.C.), y es probable que haya inventado también los ideogramas, permitiendo así que se escribiera la historia. Por lo demás, esta última palabra, *shi*, representa una mano y una tablilla de bambú.

El historiógrafo de los primeros tiempos es un personaje todopoderoso y misterioso. Astrólogo y geomántico, vela por la buena aplicación de los oráculos y controla lo que hacen el soberano y los ministros; preside las ceremonias de investidura, así como el culto del cielo, de la tierra y de los antepasados.

En cada audiencia que se da en palacio, dos historiógrafos, a ambos lados del soberano, anotan separadamente sus palabras y sus actos. De

Arriba, Cangjie, inventor legendario de la escritura china. Pintura del siglo XVII. A la derecha, el emperador Xuandi. Detalle de los *Trece emperadores*, rollo atribuido al pintor Yan Liben (siglo VII).



Sima Qian padre de la historia china

SIMA QIAN (145-86 a.C.) es el fundador de la historia en China. Sucede a su padre en el cargo de Gran Historiógrafo en la corte del emperador Wudi de los Han occidentales (206 a.C.-9 d.C.). Su obra principal, el *Shiji* (Memorias históricas), redactada en unos veinte años, comprende 130 capítulos, cerca de 528.000 caracteres y abarca 24 siglos de historia, del reinado del Primer Emperador hasta comienzos del siglo I a.C.

Estructurada en cinco partes diferentes, incluye anales dinásticos (*Benji*), anales de las familias de alto rango (*Shijia*), cuadros genealógicos (*Biao*), tratados (*Shu*) sobre los ritos, la astronomía, el calendario, la economía, la geografía, las obras hidráulicas, biografías (*Liezhuan*) de múltiples personalidades: políticos, sabios, estrategas, escritores, funcionarios, caballeros andantes, médicos, astrólogos, mercaderes.

Con sus biografías (70 capítulos), Sima Qian da una nueva dimensión a la historiografía: a la historia general jalonada por la sucesión de los Hijos del Cielo (los emperadores) y a la historia de los hechos, añade la historia de los individuos, reflejo de las realidades sociales y profesionales.

En una época en que el Gran Historiógrafo de la Corte es todavía un astrólogo que se ocupa del calendario, atribuye a éste el papel de historiador moderno que va a ser el suyo en lo sucesivo. Siguiendo el ejemplo de Confucio, el compilador de la crónica *Primavera y otoño*, construye su obra gracias a un largo trabajo de investigación, selección y crítica de los documentos.

Para ser digno del cargo que habrá de desempeñar, desde los diez años comienza a estudiar los textos clásicos. Cuando cumple veinte años abandona su gabinete de trabajo y emprende un largo periplo a través de las provincias para trabar amistad con personalidades importantes, investigar sobre los vestigios célebres y comunicarse con los grandes sabios.

Así fija los hitos de su libro monumental. Escrito en un estilo extraordinario, con gran brillo de pensamiento, el *Shiji* se convierte pronto en el modelo de la historia dinástica. Todos los historiadores posteriores adoptarán el ideal definido por Sima Qian: "Analizar profundamente la relación entre el universo y lo humano, y captar el sentido de las transformaciones de la historia para crear su propia doctrina".

HUO DATONG ■



esas notas cotidianas nacieron dos grandes obras históricas, un tratado, el *Shangsu* (Discurso de los soberanos anteriores) y una crónica, el *Chunqiu* (Primaveras y otoños).

La historia está también ligada a la filosofía. Lao Zi (siglos VI-V a.C.), el padre del taoísmo, fue, en su calidad de gran historiógrafo, el encargado de conservar los archivos de la casa real de los Zhou. A Confucio (551-479 a.C.), filósofo y maestro, se atribuye tradicionalmente la compilación de los anales del reino de Lu. El comentario que hizo de ellos Zuoqiu Ming, historiógrafo ciego, el *Zuozhuan*, se ha convertido en un clásico.

Pero es Sima Qian (145-86 a.C.), Gran Historiógrafo de la corte de Han Wudi, célebre emperador (141-87 a.C.), quien es considerado el padre de la historia china. Su *Shiji* (Memorias

históricas), más de la mitad del cual son biografías, renueva la visión tradicional de la historia asignando a la actividad humana y al individuo un papel decisivo. Este marco pasará a ser el modelo de todas las historias dinásticas posteriores (véase el recuadro). Hay otra historia oficial muy famosa: el *Hanshu* (Historia de los Han) escrito por Ban Gu (32-92 d.C.) con su familia.

El *Shitong* (Generalidades sobre la historia) de Liu Zhiji (661-721), historiógrafo de la emperatriz Wu Zetian, constituye la primera obra donde aparece la crítica histórica. El autor exige del futuro historiador tres cualidades esenciales —el talento literario, el saber, el espíritu crítico—, distingue seis escuelas y clasifica todas las obras de historia en dos grandes géneros, la crónica y la biografía.



Otra historia de síntesis, el *Zizhe tangjian* (Espejo universal para ayudar a gobernar), es obra de Sima Guang (1019-1086). Esta inmensa colección de crónicas cuenta más de 295 capítulos y narra más de 1300 años de historia, hasta el siglo X de nuestra era. En realidad, es una obra colectiva. Los tres principales colaboradores de Sima Guang, que eran también historiadores famosos, después de haber recogido el mayor número posible de documentos en las bibliotecas oficiales y privadas, los agrupan por temas y luego los organizan siguiendo un orden cronológico. Sima Guang hace la elección definitiva, guiado por el afán de obtener del enorme material las enseñanzas más útiles para el soberano.

Bajo las dinastías del Sur y del Norte (222-598), periodos de perturbaciones políticas,

el papel del Gran Historiógrafo de la Corte se limita a la astrología y al calendario. Son secretarios-historiadores que consignan las actividades cotidianas del emperador.

La Oficina de la Historiografía

Pero en el siglo VII los primeros soberanos Tang se sienten muy atraídos por la idea de que la historia puede ser un espejo instructivo: el emperador Taizhong (626-649) crea entonces el *Shiguan* u Oficina de la Historiografía. La compilación de las historias se convierte en la tarea prioritaria. Se la confía a funcionarios nombrados con este fin y no a historiadores hereditarios. El emperador ejerce casi siempre una influencia decisiva

Arriba, Taizhong, segundo emperador Tang (siglo VII). Retrato idealizado en seda de un pintor anónimo del periodo Qing (siglos XVII-XX). Arriba a la izquierda, plano de la ciudad de Chengdu, antigua capital del reino de Shu en la época de los Tres Reinos (siglo III) y actual capital de Sichuan, provincia de la China central.



en la Oficina, cuyos jefes de redacción son los grandes ministros.

Esta burocratización tendrá varias consecuencias trascendentes para el futuro. Los historiadores se tornan menos independientes en todo lo que atañe a la política y a la opinión pública; el que dirige esta vasta empresa de trabajo colectivo debe ser al mismo tiempo un excelente administrador, cualidades que rara vez se dan en una misma persona; es tal la división del trabajo que los historiadores tienden a perderse en el océano de documentos; por último, éstos se reclutan entre los letrados sin que se sepa realmente si son idóneos como historiadores, lo que oficializa la falta de distinción tradicional entre literatura e historia.

Ante la mediocridad de los resultados de la Oficina imperial, aparecen historias dinásticas paralelas. De los Tang a los Yuan (1277-1367), la concepción historiográfica evoluciona. Aparece un nuevo tipo de obras, como el *Tongdian* de Du You, primera historia general de las instituciones, el *Tongzhi* (Monografías generales) de Zheng Qiao (1104-1162) y el *Wenxian tongkao* (Críticas generales de los documentos) de Ma Duanlin (1254?-?). Verdaderas "enciclopedias", cada una de ellas contiene secciones sobre temas variados: economía, política, enseñanza, religiones, costumbres e incluso la lengua.

Durante la transición Ming-Qing (1644-1911), el *Mingru Xue'an* (Tratados sobre las doctrinas de las escuelas confucianas de Ming) de Huang Zongxi (1609-1695) constituye el primer estudio a fondo de las doctrinas de los grandes maestros. El *Dushi fangyu jiyao* de Gu Zuyu (1624-1680) analiza la interdependencia de la historia y del medio geográfico.

Bajo la dinastía manchú de los Qing (1644-1911) el *Wenshi tongyi* (Significación general

El legendario encuentro de Confucio y Lao-Tse (o Lao Zi). Dibujo chino del siglo XIX.

de la historia y de la literatura) de Zhang Xuecheng (1738-1801) amplía el concepto de historia a todos los ámbitos y hace una distinción entre las obras de inspiración doctrinaria y las estrictamente informativas.

Los emperadores manchúes, sobre todo Kangxi (1662-1722) y Qianlong (1736-1795), atribuyen suma importancia a la redacción de historias. Una oficina de historiografía traza la historia de la dinastía de los Ming, que acaba de ser derribada: 336 volúmenes se redactarán en 81 años. Otras oficinas redactan la historia de la dinastía reinante, la historia nacional o la de la vida cotidiana del emperador.

En realidad, se lleva un verdadero diario cotidiano de la vida del emperador —una mina de información para el historiador actual. Apenas ha abandonado sus aposentos para dar su primera audiencia, al salir el sol, se anota minuciosamente todo lo que hace, así como la vestimenta que lleva y los alimentos que come. Esas observaciones, resumidas y completadas por los archivos administrativos, dan lugar, durante el reinado del emperador siguiente, a la redacción de los *Shilu* (Documentos auténticos).

Se hacen también importantes compilaciones de textos antiguos y modernos, como el *Gujin tushu jicheng* y el *Siku quanshu*, que reproducen más de tres mil obras. Otra tarea importante encomendada por los emperadores: la compilación de las monografías locales —geográficas, etnográficas, arqueológicas— hechas en toda la China.

El papel de la historiografía oficial alcanza su apogeo durante el reinado de Qianlong. Con la decadencia de la dinastía manchú, pronto se pierden la mayoría de las tradiciones historiográficas chinas. Su canto del cisne será el *Qingshigao* (Proyecto de historia oficial de los Qing). ■

HUO DATONG,
historiador chino, trabaja
como investigador en el
museo del Palacio Imperial,
en Beijing.

“Recuerda los días antiguos...” Judaísmo



POR LIONEL KOCHAN

Manuscrito hebreo iluminado (norte de Italia, 1450-1470), con las primeras palabras de la oración que empieza diciendo: “Recuerda...”

ANTES de morir, Moisés conjura a su pueblo a no olvidar su pasado: “Recuerda los días antiguos, considera los años de generación en generación; pregunta a tu padre y él te informará, a tus mayores y ellos te enseñarán.” (Deuteronomio, 32, 7)

Pese a la exhortación, los judíos mostrarán poca inclinación a estudiar el pasado y a escribir la historia. Ciertamente es que, en los años 70 de nuestra era, Flavio Josefo iba a relatar la resistencia judía contra Roma y, veinte años después, a escribir una historia general de los judíos, la *Antigüedad judaica*. Pero hay que esperar quince siglos, hasta finales del XVI, para que aparezca la primera obra de la historiografía judía, la *Historia de los reyes de Francia y de los soberanos otomanos*, del rabino Joseph Ha-Cohen (1496-1578), que describe su empresa en estos términos: “Entre la multitud de mi pueblo no ha aparecido aun en Israel un

historiador como Flavio Josefo (...) Han guardado silencio los memorialistas, han guardado silencio hasta que yo surgiera, yo, Joseph.”

¿Cómo explicar ese silencio de un milenio y medio entre Flavio Josefo y Joseph Ha-Cohen? La pregunta se impone tanto más cuanto que suele considerarse a los judíos como el pueblo histórico por excelencia. ¿Acaso no es su libro fundador —la Biblia— la historia nacional de los hebreos? ¿Y su Dios no se manifiesta en dos planos, el de la relación personal y el de la historia?

Presencia del pasado

La dificultad estriba precisamente allí. En la concepción bíblica, el pasado no se percibe como un movimiento a partir de un punto dado, sino como un fenómeno cíclico, recurrente. El pasado se

reproduce constantemente al ritmo lunar del calendario judío, con su cortejo de festividades que conmemoran los acontecimientos pretéritos sólo para actualizarlos mejor. Así, el texto de la Haggadá, leído cada año en la fiesta de la pascua para recordar el éxodo, insta a los fieles a que “cada uno, en cada generación, considere que acaba de salir de Egipto”.

La importancia de ese pasado constantemente revivido explica la relativa falta de interés de los judíos por su historia postbíblica. Las Escrituras agotan ya toda curiosidad histórica al explicar a los judíos de dónde vienen, quiénes son y adónde van. El judío está históricamente predeterminado en la medida en que su historia ya ha sido escrita —la revelación del Sinaí le asigna un papel decisivo en el orden futuro de un mundo en el que por la virtud de Israel “todas las familias de la Tierra serán bendecidas” (Génesis 11, 5). Israel conoce ya su finalidad —sean cual fueren sus sufrimientos y las pruebas que deba afrontar, su advenimiento mesiánico está inscrito en el orden del mundo. Ante certezas históricas tan fuertemente reafirmadas por la Biblia y el Talmud, cuanto haya podido suceder después parece tan inconsistente que no merece la pena recordarlo y, desde luego, no puede añadir nada importante a lo que ya fue revelado. Origen, futuro, fin último: para los judíos todos esos problemas están resueltos de antemano.

En términos generales, esa actitud prevaleció hasta el siglo XVI y, a falta de historiadores, hubo sólo autores de crónicas o de martirologios. Tras la obra pionera de Josef Ha-Cohen, surgen diversas tentativas de historia judía, como el *Shevet Yehuda* (El cetro de Judá), del rabino Solomón Ibn Verga, publicado en Turquía hacia



Arriba, ilustración de una Biblia mozárabe que representa una de las diez plagas de Egipto: el agua del Nilo transformada en sangre por Moisés. A la izquierda, cabeza de una mujer judía, marfil (siglo IX-VIII a.C.).

1554; el *Sefer Yubasin* (Libro de las Genealogías), de Abraham Zacuto (1504); el *Shalshelet Ha-Kabbalah* (Cadena de las tradiciones), de Gedaliah Ibn Yahya (Venecia, 1587), o el *Zemach David* (Palma de David), de David Gans (Praga, 1592). De un género un poco diferente, el *Me'or Enayim* (Luz de los ojos) de Azariah de Rossi, aparecido en Mantua en 1573, tiene una gran importancia histórica. En tanto Zacuto o Ibn Yahya tratan de escribir una historia de los judíos ortodoxos conforme a la tradición rabínica, Rossi aborda puntos específicos, como los escritos judeo-helénicos de Filón de Alejandría (deliberadamente ignorados por los rabinos), el origen de la Biblia de los





Setenta, la aparición tardía del calendario hebreo, el valor histórico del folklore y de la alegoría. Además, Rossi ha bebido en fuentes no judías — clásicas, medievales, contemporáneas— lo que le singulariza frente a sus correligionarios.

Desde el punto de vista de la historia “moderna”, *El cetro de Judá* impresiona por el realismo de su visión. Lo que preocupa a Ibn Verga son esencialmente los sufrimientos de los judíos y las persecuciones de que son objeto, que él mismo ha padecido, al haber sido expulsado de España. Y su gran innovación reside en que negándose a explicar esos sufrimientos como un efecto de la providencia o del castigo divino, hace

intervenir las relaciones de fuerza históricas y la propia actitud de los judíos: “...el exilio, escribe, se perpetúa naturalmente por el odio religioso y la voluntad del soberano (español) de someter todo a su propia creencia”. Y luego estima que los judíos, con su arrogancia, su rechazo a integrarse, sus perjurios, provocaron hasta cierto punto los sufrimientos que se les infligen.

Los historiadores judíos del siglo XVI no tienen sucesores inmediatos. El espíritu de las Luces, volcado por entero hacia los valores universales y el progreso, se prestaba mal al estudio de los casos particulares. A finales del siglo XVIII, el gran Moisés Mendelssohn, principal

Arriba, *Historia de la Guerra de los Judíos contra los Romanos* (edición de 1668) de Flavio Josefo.



Biblia hebrea (1299) iluminada por José Sarfati en Cervera (España).

representante del movimiento judaico nacido del Siglo de las Luces —la Haskala— declara sin rodeos: “La historia me hace bostezar.” Empero, es el momento mismo en que el conocimiento de la historia y del pasado del pueblo judío aparecen como algo indispensable para la formación del “nuevo judío” que la Haskala intenta suscitar. La única obra de ese periodo que vale la pena mencionar es *La historia y la religión de los judíos* (cinco volúmenes aparecidos entre 1706 y 1711), del protestante francés Jacques Basnage. Pero el proyecto de su traducción al alemán nunca llegó a concretarse.

La ciencia del judaísmo

En los albores del siglo XIX, la vida intelectual de los judíos de Europa occidental experimenta una verdadera conmoción. La historia judía como tal empieza a interesar. En ese sentido, Issak Markus Jost es un precursor con su *Historia de los judíos* escrita con miras a “vincular la sinagoga y la cultura mundial” o, dicho de otro modo, a armonizar la tradición judía y la historia universal. Pero esa interesante iniciativa desmerece un poco ante la importancia del movimiento “Vissenschaft des Judentums”, la Ciencia del Judaísmo, creado en 1822 por un grupo de jóvenes intelectuales judíos de la universidad de

Berlín. En su manifiesto se preconiza un enfoque “científico” del judaísmo tendiente a “desmontar y representar sistemáticamente el objeto de estudio en todos sus aspectos, por sí mismo y sin segundas interpretaciones (...) El análisis del judaísmo en la fidelidad a su esencia debe efectuarse sin ideas preconcebidas y sin preocuparse del resultado final.”

La obra que más se acerca a ese ideal es sin duda la de Leopold Zunz (1794-1886). Según este diplomado de las universidades de Berlín y de Halle, el pasado judío no puede dissociarse de los géneros literarios en que se expresa con más perfección el espíritu del judaísmo. Con tal óptica escribe la historia de esos géneros —sermón, poesía sagrada, textos litúrgicos— así como importantes textos biográficos, en especial sobre Azariah de Rossi.

Zunz no tuvo discípulos inmediatos, pero sus trabajos han contribuido hasta nuestros días a la expansión de la investigación histórica sobre el judaísmo. Pese a que haya habido controversias entre los investigadores, el ideal de objetividad preconizado por la Ciencia del Judaísmo terminó por imponerse.

Pero esta actitud no dejó de suscitar sentimientos de rechazo. Uno de los impugnadores, Samuel David Luzzato, reprocha a los investigadores históricos partidarios de la objetividad el haber renunciado a su judaísmo estudiando el pasado de Israel tal como hubieran estudiado la historia de Asiria, de Egipto, de Babilonia o de Persia. ¿No se traiciona implícitamente la religión al abandonar el precepto judío que ordena que pensamiento y actos concuerden?

Adoptando el mismo argumento, Nachman Krochmal (1785-1840) estima que el historicismo es el desafío más grave que se puede lanzar al judaísmo. ¿Cómo conciliar el carácter inmutable y eterno de la palabra de Dios con el hecho de que nos haya sido transmitida por hombres, como lo enseña la historia? De negar esa realidad, añade Krochmal, ¿no se corre el riesgo de revelar a los jóvenes que el pensamiento judío está superado, apartándolos así del judaísmo?



LIONEL KOCHAN, historiador británico, es especialista en historia judía y en historia europea. Jubilado en la actualidad, ha enseñado sucesivamente en las universidades de Edimburgo y de East Anglia, así como en la de Warwick donde era profesor de historia judía. Es autor de numerosas obras sobre temas de su especialidad.

Más allá de esas controversias, es innegable que la historiografía judía contribuyó eficazmente a renovar la reflexión de los judíos sobre su especificidad.

Tras ese vuelco decisivo, aparecen tres obras históricas de importancia capital: la de Graetz (1817-1891) en Alemania, la de Dubnow (1860-1941) en Rusia y la de Salo Baron (1895-1989) en Estados Unidos. Aunque sus métodos difieren, hay un nexo común: la ambición de escribir una historia "universal" del pueblo judío.

Para Graetz, diplomado por las universidades de Breslau y de Jena, la dimensión del judaísmo es a la vez espiritual y política. Así, distingue en la historia de los judíos una primera fase, esencialmente política, que concluye con la destruc-

ción del Templo de Jerusalén en 587 a.C.; la segunda, más religiosa, llega hasta la destrucción del segundo Templo en el año 70 y, por último, la tercera constituye el periodo de la dispersión y coincide con la toma de conciencia creciente del judaísmo, hasta la constitución del estado confesional. Aunque *La historia de los judíos*, escrita por Graetz entre 1853 y 1876, no responde por entero a la ambición del autor, es una obra esencial para comprender este periodo.

Juzgando la concepción de Zunz y de Graetz espiritualista, Dubnow, en su monumental *Historia mundial del pueblo judío* (diez volúmenes aparecidos en alemán, 1925-1929) adopta un punto de vista sociológico, estudiando las modalidades de organización autónoma de los judíos en los diferentes centros de la Diáspora. Así logra demostrar cómo la dinámica judía fue desplazándose en el transcurso de los siglos de Palestina a Babilonia, de España y Francia medievales a Alemania, Polonia y Lituania. Según Dubnow, todas esas formas de organización "seuodestatales" permitieron que los judíos conservaran su identidad étnico-nacional sin ceder a la tentación de las reivindicaciones territoriales.

La obra maestra de Baron, *Historia social y religiosa de los judíos* (primera edición en tres volúmenes aparecida en 1937; segunda, 18 volúmenes, en 1952-1983), no ofrece la visión global de la historia que ambicionaban Graetz y Dubnow para sus obras, pero está mucho más documentada y aprovecha evidentemente los últimos progresos de la ciencia histórica. Baron rechaza de plano la concepción "lacrimosa" de una historia judía centrada en la persecución y en los sufrimientos para mejor exaltar el hecho nacional judío, tanto en el seno de la Diáspora como en el estado de Israel. Son soportes del diseño del autor sus cualidades de análisis y su preocupación enciclopédica de documentación.

Junto a esos monumentos, la historiografía judía sigue enriqueciéndose con obras altamente especializadas, muchas de ellas redactadas en hebreo por universitarios israelíes u otros, en diversas lenguas, en Estados Unidos y en Europa. ■

Fotos que ilustran los tres periodos de la historia judía enunciados por el historiador Heinrich Graetz. Abajo, historia de Daniel y Nabucodonosor, tapiz de comienzos del siglo XVI. Abajo a la izquierda, maqueta de Jerusalén en la época del segundo Templo. A la izquierda, Calleja de las Flores, en el barrio judío de Córdoba (España).



POR FRIEDRICH WILHELM GRAF

Entre la fe y la historia

LA relación entre la fe cristiana y la historia es el problema fundamental de toda la teología moderna. No ha habido desde la Ilustración ningún proyecto teológico que no haya tratado de conciliar la antigua pretensión del cristianismo de ser la verdad absoluta con los conocimientos modernos sobre la relatividad histórica de toda experiencia e idea humanas.

Esta conciliación ha ido resultando cada vez más difícil. En el siglo XVIII, Lessing, figura eminente de la Ilustración en Alemania, hablaba del “ancho y terrible foso” que se interponía entre el hombre moderno y el cristianismo en su forma primitiva. Ese foso cobró todavía mayores dimensiones en el siglo siguiente, al comprender filósofos, teólogos e historiadores que toda realidad histórica es particular y relativa y que no existen en la historia normas absolutas, válidas para todos los hombres y para todas las épocas. Ahora bien, ¿no sostiene la fe cristiana que Jesucristo ocupa un lugar absoluto en la historia? ¿No tiene que reivindicar ser absolutamente verdadera y obligatoria para todo hombre, con total independencia de las coordenadas espacio-temporales? Cuanta más atención intelectual se ha dedicado a la esencia de la fe cristiana, por un lado, y al carácter particular de la realidad histórica, por otro, más ha aumentado la distancia entre la fe y la historia.

El centro mismo de la fe cristiana es, al igual que el de todas las religiones, la adoración de Dios. En el lenguaje tradicional de la filosofía y la teología occidentales, muy influido por el pensamiento filosófico de la Antigua Grecia y, sobre todo, por la metafísica de Aristóteles, Dios recibe





también la denominación de “Absoluto”. La representación que de él se tiene es la de una potencia creadora infinita, absolutamente libre y eterna, que crea el cosmos y después al hombre, criatura de rango superior. Se concibe a Dios creador como poseedor de una soberanía sin límites e infinitamente superior a su criatura. Para la metafísica occidental es decisiva la oposición entre Dios y mundo, entre trascendencia e immanencia, entre eternidad y tiempo: lo Absoluto es absoluto precisamente en la medida en que excluye la finitud, el mundo y el hombre. Este mundo creado, mundo histórico de lo finito y lo relativo, se encuentra por el contrario, en permanente dependencia de lo Absoluto y sólo a Dios debe su consistencia.

Cuanto más superior y trascendente al mundo se entiende a Dios, más se ve la fe como un alejamiento del reino de lo relativo, como un distanciamiento de la historia. Así, la fe consiste para el hombre en remitirse a lo Absoluto. Pero como éste es un ser supratemporal, eterno, dirigirse a Dios equivale a apartarse del mundo y a tomar soberanas distancias de cuanto pertenece exclusivamente al ámbito de lo finito.

Los místicos cristianos son los que más han entendido la oración como una aniquilación del hombre en la eternidad, como una retirada de la historia en la que el hombre cobra conciencia de su auténtico destino, de su destino eterno. En este sentido, la piedad cristiana conlleva una devaluación de la historia, del mundo de lo relativo.

La concepción de la historia en la Iglesia primitiva

Este es el fundamento que de la visión de la historia, la humanidad y la Iglesia, tuvieron los teólogos de los primeros tiempos de ésta, que recogen y sintetizan diversas representaciones de la soberanía de Dios sobre la historia universal procedentes de la tradición judía (el Antiguo Testamento de los cristianos), de los Evangelios y de las epístolas del Nuevo Testamento.

Así, el apóstol Pablo da de la historia una interpretación teológica según la cual la creación del mundo y la redención de la humanidad están estrechamente relacionadas entre sí. Otorga a Jesucristo un lugar central: es el centro absoluto de la historia del mundo y el único que confiere sentido y fin a toda acción humana. La historia universal se inició, pues, con la acción creadora de Dios. Pero el pecado atentó contra el orden divino y el mundo cayó en el desorden, prueba de lo cual son las catástrofes históricas del pueblo de Israel que se narran en el Antiguo Testamento. Con Jesucristo comienza una nueva era de salvación, que Pablo describe por medio de imágenes históricas concretas: la desaparición de las

Cúpula del Génesis. Mosaico de la basílica de San Marcos de Venecia, comienzos del siglo XIII.

oposiciones naturales entre el hombre y la mujer, el final definitivo de la enemistad entre los pueblos, la liberación de los esclavos de su servidumbre y la resurrección de todos los hombres, tras haber alcanzado la verdadera libertad.

Puede decirse, por consiguiente, que la interpretación paulina es una "historia de la salvación". Toda la historia humana tiende a la vuelta de Jesucristo o a la realización de la salvación por medio de él. Pablo tiene una concepción teleológica de la historia: el fin de la historia universal es que todo hombre alcance la salvación que Dios ofrece a la humanidad por la sangre de Cristo.

Esta es la razón de que para él la Iglesia ocupe el centro de la historia. Es la institución que transmite a los hombres la buena nueva de la salvación en Cristo. Gracias a su acción se va acercando efectivamente la meta última de la historia según Dios, la vuelta de Cristo y el establecimiento de su reino universal de paz. En comparación con este fin, la historia del mundo y la historia política de los Estados carecen de importancia. Sólo la acción de la Iglesia es decisiva para un auténtico avance hacia el reino de Dios.

Los primeros cristianos vivieron con la fe, con la certeza de que Jesucristo regresaría pronto para conducir la historia a la salvación final. Por ello los teólogos de la Iglesia antigua no prestaron en un principio mucha atención a las contingencias de la historia de la Iglesia. Hasta la persecución por el imperio romano y el ulterior triunfo del cristianismo sobre él, materializado simbólicamente en el bautismo de Constantino en 337, no se convertirá la historia de la Iglesia en objeto importante del estudio teológico.

Una primera síntesis de la historia de la expansión del cristianismo se debe al historiador y teólogo Eusebio de Cesarea, a comienzos del siglo IV. Su *Historia ecclesiastica* ha ejercido una extraordinaria influencia hasta los tiempos modernos. La estrecha relación que establece Eusebio entre los hechos concretos de la historia de la Iglesia y una interpretación teológica general de la historia universal fue durante siglos el modelo que siguieron los historiadores católicos de la Iglesia.

La importancia de su interpretación se debe, fundamentalmente, a dos aspectos. En primer lugar, la historia de la Iglesia empieza con el nacimiento y la obra de Jesús de Nazaret. Toda la historia judía y las historias no cristianas anteriores a él no fueron más que una preparación, querida por Dios, del magno evento de la salvación esencial para toda la humanidad. Según esta concepción, las religiones anteriores a Cristo prepararon la recepción de su mensaje. El cristianismo no es en el fondo una religión nueva, sino la religión eterna, con la diferencia de que antes de Cristo no había sido totalmente revelada. No considera el judaísmo y la religión griega como "religiones extranjeras", sino como formas incompletas del cristianismo. La historia antes de Cristo se integra también aquí en la historia de la Iglesia.

En segundo lugar, la historia entre el mundo

y la Iglesia se caracteriza para Eusebio por un combate permanente entre el Bien y el Mal, entre Dios y el Diablo. La historia, conflictiva, es la de una lucha constante entre los buenos, fieles a Dios y a su Iglesia, y los malos, seguidores de Satán y enemigos de aquella. Tiene una profunda convicción de que en todos estos combates contra los enemigos exteriores y también, muy en especial, contra los herejes, Dios socorrerá a su Iglesia y la verdad divina saldrá triunfante. Para Eusebio, la historia de la Iglesia es la de una potencia que crece sin cesar y que identifica con la proximidad cada vez mayor del reino de Dios, razón por la que se convierte en el eje de la historia universal.



La Reforma y la aparición de una historia crítica de la Iglesia

La predicación de San Pablo, de Luca di Tomme, pintor de la Escuela de Siena (siglo XIV).

Los reformadores del siglo XVI, sobre todo Lutero y Calvino, impugnaron fundamentalmente la concepción católica que asimilaba la Iglesia a una institución triunfante y dotada de un poderío creciente. La Reforma tuvo su origen en un movimiento de protesta contra la Iglesia establecida. Frente a la autoridad papal y la dominación que ejercían los sacerdotes sobre las almas, invoca la "libertad de un cristiano" (Lutero). No es la Iglesia la que ofrece a los hombres la salvación, sino la palabra de Dios y sólo ésta, a la que cada cual puede llegar leyendo las Sagradas Escrituras. La expresión "libertad de un cristiano" significa pues, para los reformadores, conceder menos valor a la Iglesia. El individuo piadoso tiene prioridad sobre ella como institución.

Esta limitación teológica de la Iglesia supone al mismo tiempo conceder un valor superior a la dignidad inherente al mundo, puesto que la verdad de la fe cristiana no tiene ya su expresión en una vida piadosa apartada, desinteresada de los avatares de éste, sino en las circunstancias concretas de la

existencia en las que Dios pone a los hombres. Para los reformadores, la fe se vive ante todo como una aceptación del siglo, como una viva pasión por el mundo.

Como resultado de ello se produjo una profunda transformación de la visión de la historia de la Iglesia, y la institución sufrió innumerables críticas. Su historia, tal como la describen los historiadores protestantes de los siglos XVI y XVII, cumple una función de legitimación, consiste en sustentar el derecho de la protesta de la Reforma contra el autoritarismo de la Iglesia romana. A la historia triunfalista de Eusebio sucede la imagen de la descomposición interna de la Iglesia que, cuanto mayor ha sido su poderío, más se ha apartado de la verdadera fe. La distinción que hacía Eusebio entre infalibles y herejes, entre buenos cristianos y enemigos de Dios, queda descalificada, ya que son precisamente las autoridades eclesiásticas las que han sido muchas veces los enemigos de Cristo. El centro de la historia de la Iglesia lo ocupan en lo sucesivo los justos que transmitieron las verdades elementales y fundamentales del cristianismo.

Con la Reforma, la historia de la Iglesia se convierte en un esfuerzo científico y crítico opuesto a la tradición heredada de la Iglesia. Los historiadores, al mismo tiempo que se muestran críticos para con sus pretensiones de dominio, son cada vez más escépticos en relación con las propias fuentes gracias a las cuales la Iglesia trataba de legitimar su poder y basar la supremacía del poder papal en el del emperador. Esta crítica tiene un fundamento ideológico, que busca liberar al simple cristiano de su injustificada dependencia de la Iglesia. Por esta crítica y por la exégesis constante de las Sagradas Escrituras, la historia protestante abrió la vía de la investigación histórica y crítica de la era moderna, que se impuso durante la Ilustración y, sobre todo, en el siglo XIX.

El carácter absoluto del cristianismo y la historia de las religiones

La Ilustración se caracteriza por una ruptura profunda en la interpretación del cristianismo y de su historia. Durante la expansión europea en busca de otros países y otras culturas, los intelectuales de Occidente descubren otras muchas religiones y tradiciones religiosas cuya existencia ignoraban hasta entonces. Se ven así forzados a reconocer que, desde el punto de vista histórico, el cristianismo no pasa de ser una religión entre otras. Al principio siguen refugiándose en el dogmatismo y pretendiendo que el cristianismo es la única religión verdadera y que todas las demás no son sino formas falseadas del sentimiento religioso o, a lo sumo, formas parciales de la verdad cristiana.

Pero cuanto más se interesan los intelectuales europeos por la historia de las religiones no cristianas, con mayor claridad perciben múltiples afinidades e influencias recíprocas entre el



cristianismo y las demás religiones. En lo sucesivo, pues, tendrán que interpretar la historia del cristianismo vinculándola a la historia universal de las religiones. ¿Qué consecuencias tiene esta actitud en relación con la vieja pretensión del cristianismo de poseer la verdad absoluta? ¿No debe un historiador moderno rechazar la idea de que el mensaje cristiano es válido para todos los hombres?

En el protestantismo alemán se suscitó en el siglo XVIII un gran conflicto en torno a esta pregunta. Filósofos y teólogos representantes del llamado "idealismo alemán" (Schleiermacher, Schelling, Hegel) tratan de responder al desafío

Busto de Cristo, techo (detalle) de la catacumba de Commodilla, en Roma. Mediados del siglo IV. Abajo, *El Paraíso y el Infierno*, pintura de la Escuela de Bolonia (siglo XV).



FRIEDRICH WILHELM GRAF, teólogo e historiador alemán, es profesor de teología sistemática y de historia contemporánea de la teología en la Universidad de Augsburgo (RFA). Se ha dedicado en particular al estudio del protestantismo y la democracia en Alemania y del problema de los fundamentos de la teoría religiosa y de la ética. Es autor de numerosas obras relativas a la teología.

del nuevo pensamiento histórico-crítico interpretando el cristianismo como la “religión absoluta”. De modo que el cristianismo vuelve a integrarse en una historia universal de las religiones sin renunciar a su tradicional pretensión de verdad. Por un lado, el cristianismo no es sino una religión de tantas, que hay que entender como una forma histórica determinada, concreta, de un fenómeno universal, la religión. Por otro, se distingue de las demás en la medida en que es la única en la que se alcanza por entero la meta universal de toda religión, que es la reconciliación entre Dios y el hombre.

Tras haber establecido un concepto universal de la religión que supuestamente abarcaba todas las formas religiosas hasta entonces surgidas en la historia de la humanidad, éstas se articulan entre sí según un plan histórico basado en la evolución. De las religiones primitivas a las religiones naturales y hasta las religiones-culturas, la historia de las religiones aparece así como un proceso cuyo fin último es la realización completa de la esencia universal de la religión.

Estas ideas evolucionistas estaban muy en boga en todos los países europeos en el siglo XIX, considerándose el cristianismo como la forma más elevada de las religiones-culturas, como la religión de la libertad o de la personalidad. Se lo identifica, más o menos directamente, con el concepto universal de religión. El auge de esta interpretación se explica porque permite una apertura histórica y crítica a la multiplicidad de religiones sin renunciar a la pretensión de la superioridad del cristianismo. El imperialismo occidental ha utilizado este modelo como justificación.

Desde el siglo XIX, sin embargo, el rápido aumento de nuestros conocimientos sobre la historia de las religiones ha echado por tierra el presupuesto idealista según el cual el acontecer de la historia estaba determinado por una razón trascendente, igual a sí misma. A medida que los historiadores han ido reconociendo la identidad propia de las distintas religiones, han ido desistiendo de sus esfuerzos por comprender su historia como un proceso evolutivo unitario y de englobarlas todas en un mismo concepto. A la fe idealista en una unidad razonable de lo múltiple sucede una visión pluralista de la historia en la que el primer plano no corresponde ya a una identidad de principio, sino a la individualidad de las numerosas religiones.

Si se aborda la ciencia histórica con ánimo auténticamente crítico, no cabe más que rechazar la noción de “religión absoluta” por su dogmatismo, esto es, por su carácter antihistórico. Las consecuencias para la religión cristiana han sido objeto de diversos debates a comienzos de siglo en Europa y en Estados Unidos. En esos debates tuvo un papel importante Ernst Troeltsch, protestante liberal.

En una célebre conferencia publicada en 1902, *El carácter absoluto del cristianismo y la historia de las religiones*, Troeltsch renuncia a la noción de “religión absoluta”. Concede un “valor supremo relativo” al cristianismo, si bien reconoce que no es demostrable por un método rigurosamente histórico. No discute la aspiración del cristianismo a la verdad, pero la verdad única se expresa para él en una multiplicidad de formas religiosas. ■

Abajo a la izquierda, Martín Lutero por Lucas Cranach el Viejo, pintor y grabador alemán (1472-1553). A la derecha, Juan Calvino, dibujo realizado por un estudiante durante un curso.



Página de la derecha, una ciudad persa representada en el *Libro de las rutas*, que describe las campañas del sultán otomano Solimán I el Magnífico (1494-1566).

Islam

POR ABDESSELAM CHEDDADI

El reinado de la cronología



Lo que primero sorprende en la historiografía musulmana o *tarij* es la inmensa producción a que ha dado lugar y de la que sólo una pequeña parte ha sido editada hasta hoy. Y además ese inmenso acervo de textos se halla en constante aumento gracias al descubrimiento de otros nuevos. Desde la segunda mitad del siglo I de la Hégira (segunda mitad del siglo VII d.C) hasta el siglo XIII (siglo XIX), esa producción se ha mantenido casi ininterrumpidamente con mayor o menor intensidad según las épocas y los lugares, presente siempre allí donde el Islam había conseguido penetrar. Aunque comienza expresándose en árabe, esta historiografía utiliza también el persa, el turco y el malayo. Su carácter es esencialmente musulmán, pero de ella forman parte igualmente autores cristianos, sobre todo en Siria y Egipto.

El segundo rasgo importante que la caracteriza es su enorme variedad. Variedad de formas y de géneros: vastas historias universales, historias generales o monografías; formas analítica, dinástica, genealógica o división por *tabaqat* (clases); diccionarios biográficos, historias locales. Variedad, asimismo, de ámbitos y materiales: vida religiosa y política, administrativa y social; actividades científicas, literarias y artísticas; escuelas y tendencias ideológicas; viajes, topografía de las ciudades, monumentos; catástrofes naturales, hambrunas, epidemias... Su curiosidad alcanza hasta las civilizaciones no musulmanas: Europa occidental y septentrional, India, China, Lejano Oriente, Africa.

Esa historiografía se interesa por todas las informaciones relativas al hombre, a sus relaciones con el entorno social y cultural, a sus vínculos con Dios. Como subraya a propósito Ibn Jaldún (véase el recuadro de la p. 39), sus destinatarios son tanto la “muchedumbre” y las gentes “sencillas” como los “reyes” y los “grandes”. Por el carácter universal de sus miras y por su amplia difusión en la sociedad, esta concepción de la historia anuncia ya la concepción moderna.

Dominar el tiempo

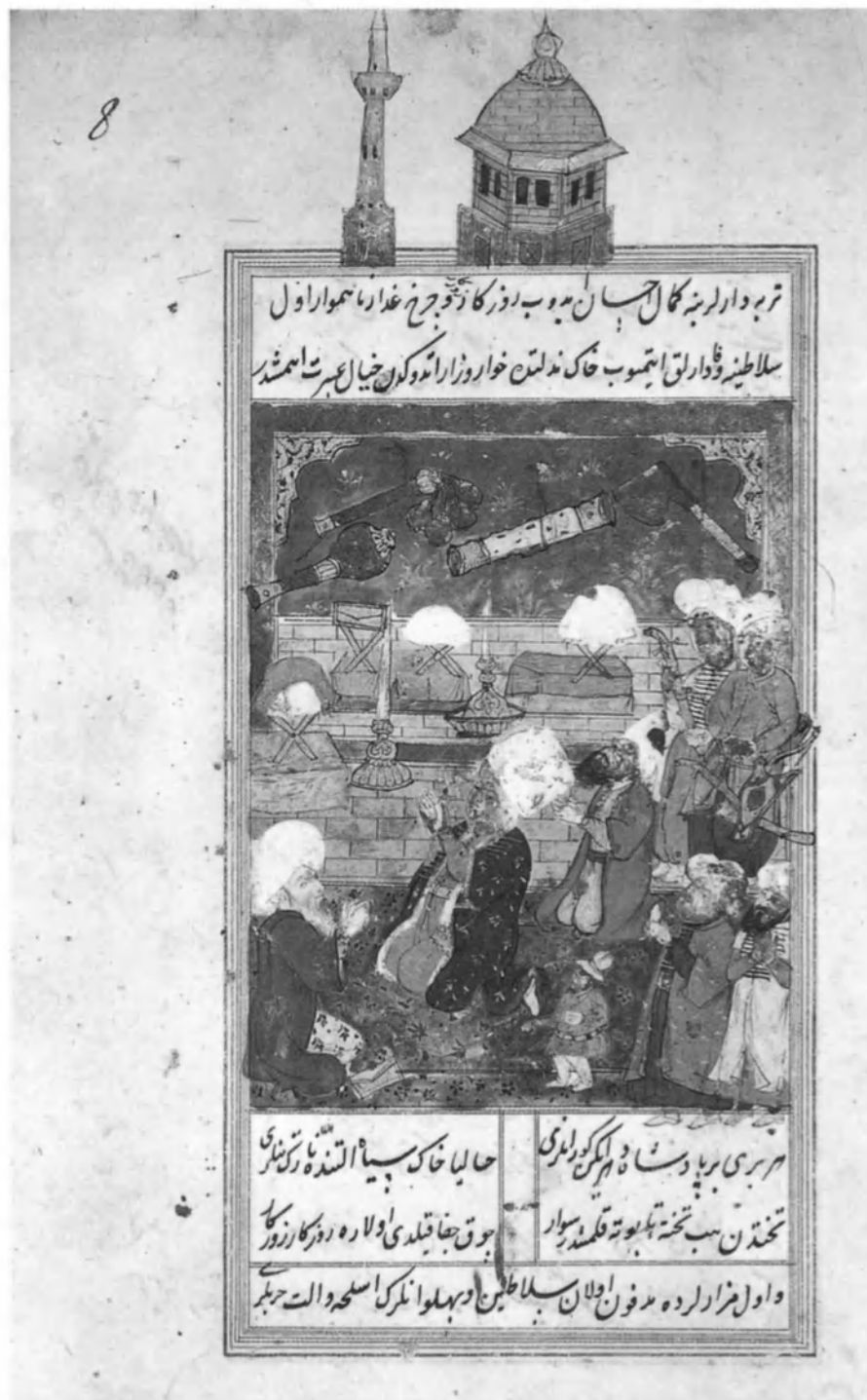
Otro rasgo que la asemeja a ésta es la importancia que desde sus primeros pasos otorga al tiempo y a la cronología. Entre el siglo I y el IV de la Hégira (siglos VII al X d.C.), la cultura islámica acumula un vasto saber sobre el tiempo. Ese saber, que tiene sus raíces en la tradición árabe anterior, se enriquece con los aportes persas, indios, griegos y egipcios y se nutre de los trabajos de los astrónomos y los geógrafos. La magistral síntesis que de él lleva a cabo al-Biruni en la primera mitad del siglo V/XI impresiona por su tono de objetividad. Es la más vasta y rigurosa suma de conocimientos sobre el tiempo que el hombre haya acumulado antes de la época moderna.

Pues bien, de ese saber va a sacar sustancial provecho el historiador musulmán. A partir del siglo II/VIII experimentan una expansión progresiva la datación, la adopción del orden cronológico y la elaboración de cuadros y esquemas.

Consignar la fecha indicando el año, el mes y el día se impone ahora como regla casi absoluta cuando el historiador tiene que relatar la mayoría de los hechos. El contraste es manifiesto con la historiografía del Occidente medieval donde sólo a partir del siglo XI se generalizará el sistema cronológico unificado y donde todavía en el siglo XIV es poco segura la cronología de los principales acontecimientos.

Originalidad y límites

La originalidad de la historiografía musulmana, pero también sus límites, residen en su concepción de la información histórica (*jabar*). El *jabar* es el hecho, el acontecimiento tal como lo trata el discurso o como se presenta en un “relato”. El historiador no se ocupa de los hechos desnudos, sino que parte de un elemento dado que es el relato tal como lo transmite la tradición, escrita u oral, o tal como lo presenta un testigo vivo (que





Arriba, la *Colección de biografías de sabios y místicos*, manuscrito en prosa y verso que relata la vida de los santos del sufismo, de Hosayn Bayqara (1469-1506), último rey timorí de Persia. A la izquierda, ilustración de un diario de viaje, manuscrito turco (1605-1606). A la derecha, *Relación de China y de la India*, manuscrito árabe del siglo XII.

ABDESSELAM CHEDDADI, historiador marroquí, es profesor de la Facultad de Ciencias de la Educación de Rabat. De Ibn Jaldún, del que es especialista, ha traducido al francés y presentado *El viaje de Occidente y de Oriente. Autobiografía* (1984) así como *Pueblos y naciones del mundo. Extractos de los Ibar* (1987).

puede ser el historiador mismo). Su tarea consiste pues, prioritariamente, en autentificar o validar los relatos mediante la crítica de los testimonios y de los cauces de transmisión. El historiador no endereza su labor a buscar o a sentar hechos sino a acopiar, clasificar y organizar informaciones, fundamentando su validez. La verdad intrínseca de los relatos no pasa de ser cuestión relativamente secundaria hasta Ibn Jaldún, el cual erige el conocimiento de las leyes del *umran* (el orden humano, la sociedad) como fundamento de la crítica histórica.

El historiador está pues obligado a respetar, a menudo literalmente, los relatos que le llegan de la tradición. Y esos relatos puede clasificarlos en géneros muy diversos, organizarlos libremente en obras de compilación más o menos vasta, pero lo que no puede es elaborarlos a su guisa, reconstruirlos o refundirlos según una perspectiva propia.

Por consiguiente, no hay en la historiografía musulmana reconstrucción del pasado a la manera griega ni historia teológica tal como se nos muestra en la Edad Media cristiana. De ahí esa imparcialidad que suele reconocérsele. De ahí también su concepción de un tiempo estacionario que no lleva en su seno dinámica alguna de evolución o de progreso sino que simplemente ordena desde el exterior la sucesión de los acontecimientos. Una vez más es Ibn Jaldún quien,

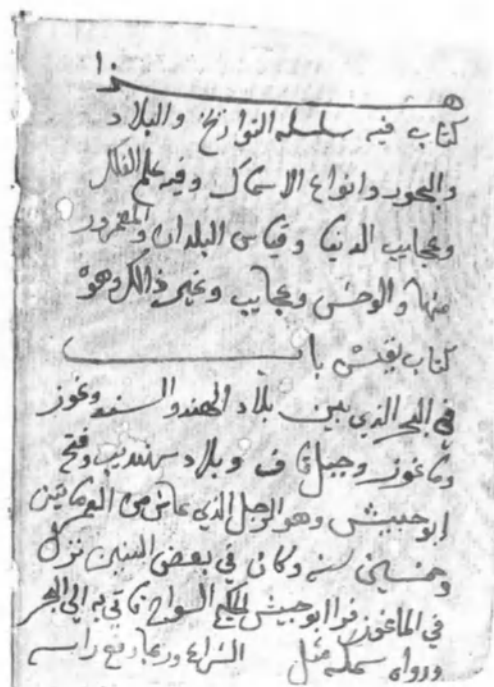
al contemplar la evolución, desde el nacimiento hasta el ocaso, de vastos conglomerados humanos como los árabes, los beréberes, los persas y los "rum" (griegos, romanos y bizantinos), conferirá a esa visión una dimensión nueva.

Tres grandes periodos

El primer periodo, que llega hasta el siglo III de la Hégira, culmina con esa suma que es el *Kitab ar-rusul wa-l-muluk* (Historia de los profetas y los reyes) de al-Tabari (véase el recuadro de la p. 38). La era de la Hégira entra rápidamente en vigor. El método de la *isnad* (constitución de una cadena de fiadores y crítica de los testimonios), concebido en un principio para satisfacer las necesidades de las ciencias religiosas, se aplica a la biografía del Profeta, al relato de las conquistas musulmanas y, progresivamente, a todo tipo de relatos.

Aparecen los primeros relatos históricos, que a veces cristalizan en géneros: *maghazi* y *sira* (incursiones y biografía del Profeta), *futub* (conquistas musulmanas), *abdash* (acontecimientos políticos principales), *ajbar-al-awa'il* (narraciones relativas a los reyes y a las naciones anteriores al Islam), *ayyam al-arab* (relatos referentes al pasado de los árabes), *ansab, ma athir, mathalib* (genealogías, hazañas, vicios), biografías de sabios, listas de maestros, crónicas políticas y administrativas, historia de las dinastías omeyas y abasíes, colecciones de cartas de los secretarios... Poco a poco se va imponiendo la costumbre de fechar hechos y acontecimientos y de seguir el orden cronológico.

Ven la luz gran número de síntesis, como los *Maghazi* de al-Waqidi, la *Sira* de Ibn Ishaq, los *Tabaqat* de Ibn Sa'ad, los *Ajbar al-tiwal* de al-Dinawari, los *Ansab al-ashrai* de Al-Baladhuri, el *Tarij* de al-Ya Qubi. Todas estas obras forman ya



Tabari

AL-TABARI (839-923) no es el inventor de la historiografía musulmana, pero sí su más ilustre representante. Su *Kitab ar-rusul wa-l-muluk* (Historia de los profetas y los reyes) fue un modelo durante mucho tiempo. Esta crónica que relata, año a año, la historia del mundo musulmán durante los tres primeros siglos de la Hégira, será continuada por autores posteriores. Su presentación del periodo preislámico dará lugar a múltiples adaptaciones y versiones resumidas. En su forma integral será retomada en nuevas sumas como el *al-Kamil* (Libro completo de las crónicas) de Ibn al-Atir, en el siglo XIII, o el *al-Bidaya wa-n-nihaya* (El comienzo y el fin) de Ibn Katir, en el siglo siguiente.

Tabari recibe primero una formación de jurista, de tradicionalista e historiador. Durante cerca de treinta años, recorre ciudades y países del Medio Oriente para perfeccionar sus conocimientos junto a los más grandes maestros de su tiempo. No se interesa solamente por la historia, la exégesis coránica o las tradiciones del Profeta, sino también por la gramática, la ética, las matemáticas y la medicina. Es también célebre por su monumental comentario del Corán, el *Tafsir*.

Culminación de una trayectoria que comienza el primer siglo de la Hégira, su *Historia* sistematiza la aspiración a basar la presentación de toda información en la cadena de sus transmisores, sometiendo a una crítica minuciosa. Tabari aplica a la materia histórica un orden cronológico riguroso, y da una forma más amplia y acabada al proyecto de historia universal esbozado por al-Dinawari en su *Ajbar al-Tiwal* (Los largos relatos) y por al-Ya Qubi en su *Tarij*.

Su *Historia de los profetas y los reyes* se presenta como una historia del mundo desde la Creación hasta la época del autor. En realidad, como explica en su prefacio, se trata de una historia de las relaciones de las criaturas con Dios: relaciones de obediencia o reconocimiento, de insubordinación o rebeldía. Después de Iblis/Satán y de Adán y sus hijos, sus principales personajes son los profetas y los reyes. Se consagran muchas páginas a la historia bíblica y tampoco se descuidan la historia grecorromana, bizantina y persa.

Es una mina de informaciones irremplazable. De acuerdo con su método, refiere cada hecho citando las fuentes y a menudo reproduciendo los relatos que lo mencionan, permitiéndonos así acceder a obras antiguas hoy perdidas. Como señala el historiador Franz Rosenthal, en su *Historia* Tabari ha dado pruebas "del escrúpulo y el aliento incansable del teólogo, de la exactitud y el amor al orden del jurista, y de la perspicacia del político conocedor de las leyes".

ABDESSELAM CHEDDADI ■



una vasta literatura histórica de la que ha llegado hasta nosotros relativamente poco, pero acerca de la cual disponemos de un testimonio muy preciso gracias a la lista de los títulos de obras que se incluyen en las bibliografías elaboradas posteriormente, como el *Fihrist* de Ibn al-Nadim, terminado en el año 377 de la Hégira (998 d.C.).

El segundo periodo, el así llamado "clásico", se caracteriza por la aplicación de todas esas tendencias, aunque con cierto menoscabo del método de la *isnad* y, a la vez, por la aparición de nuevos géneros. Después de Tabari, pero sin ejercer la misma influencia que él, al-Masudi compone las *Praderas de oro*, otra historia de tendencia univer-

salista. A partir del siglo IV de la Hégira, la historiografía, más o menos oficial, se apoya más decididamente en los archivos del estado o en los archivos provinciales. Así acontece con las obras de toda una estirpe de historiadores continuadores de Hassan Ibn Thabit Ibn Sinan as-Sabi y, posteriormente, con las *Tajarib al-umam* (Historia de la dinastía buyid) de Miskawayh, que en la siguiente centuria va a continuar Abu Shuja. La historia de las ciudades se impone como género de importancia cardinal, con una abundante producción cuyo ejemplo más ilustre es la *Historia de Bagdad* de al-Jatib al-Baghdadi. Al mismo tiempo se perfeccionan y multiplican los diccionarios

Ibn Jaldún

IBN JALDÚN aparece indiscutiblemente como una de las principales figuras de la historiografía y del pensamiento universales.

Gracias a una larga autobiografía que nos dejó, conocemos bien su vida. Nacido en Túnez en 1332, pertenece a una familia de altos funcionarios y de sabios de origen andaluz y de antigua ascendencia árabe yemenita. Recibe una educación muy cuidadosa, religiosa, literaria y científica, y tiene como maestros a los sabios más eminentes del Magreb. Durante su adolescencia el rey meriní Abu-l-Hasan conquista la Ifriquiya, y entra en Túnez en 1348; al año siguiente la gran peste le arrebató a sus padres. A partir de 1352 pasa unos diez años en Fez, donde desempeña el cargo de secretario confidencial del sultán Abu Salim. Pero ni en esta ciudad ni en Granada, a donde se dirige en 1362, como tampoco más adelante en Bujía o en Tlemcen, logra llevar una existencia estable y realizar su ideal político. Adquiere, no obstante, un conocimiento profundo de la vida de la corte, del funcionamiento del estado, y observa el mundo de las tribus árabes y beréberes.

En 1375, a los 43 años de edad, decide retirarse de la vida pública para consagrarse a la ciencia. En el castillo de Ibn Salama (cerca de Freneda, en Argelia) redacta la primera versión de la *al-Muqaddima* (Los prolegómenos). La necesidad de contar con una documentación más amplia lo obliga a abandonar su retiro. Regresa a Túnez donde enseña y termina la primera versión del *Kitab al-ibar*, su monumental historia universal. Pero temeroso de las intrigas de sus enemigos, abandona definitivamente el Magreb y se instala en Egipto en 1384. En El Cairo es presentado al soberano mameluco al-Zahir Barquq, y ocupa cargos en la enseñanza y en la justicia, trabajando al mismo tiempo permanentemente en su voluminosa obra. Cinco años antes de su muerte en 1406, conoce en la sede de Damasco al mongol Tamerlán, del que deja un extraordinario retrato.

El proyecto de Ibn Jaldún es en primer lugar el de un historiador. Deseoso de hacer una síntesis de su tiempo que pueda servir de "modelo a los historiadores futuros", e insatisfecho con los métodos tradicionales de verificación de los hechos, formula una teoría de la sociedad como un paso previo a toda escritura de la historia. Funda así en su *Muqaddima* lo que hoy día llamaríamos una antropología. De su rico bagaje conceptual sólo haremos aquí un esbozo.

En el centro de su teoría sobre la sociedad se encuentra el concepto de *umran*. A falta de un término más adecuado, es posible traducirlo por "civilización", pero siempre que se elimine la oposición que esa palabra sugiere entre sociedades "evolucionadas" y sociedades

"arcaicas". Concepto más radical, que se basa en la idea religiosa de la Creación, el *umran* designa el hecho humano, el orden humano en general. Fundamentalmente iguales, libres y soberanos de la tierra como criaturas de Dios, los hombres se diferencian por sus condiciones de vida, que dependen a su vez de las condiciones geográficas y climáticas. Ese término designa también las manifestaciones de la vida social o, en un sentido más restrictivo, las de la vida urbana, con sus fuertes concentraciones humanas en contraste con la vida en las regiones montañosas o desérticas.

En el *umran* Ibn Jaldún distingue dos estados que son al mismo tiempo dos grandes etapas de la evolución del hombre. A la *badawa*, fase agro-pastoral, original, próxima a la naturaleza y que sólo aporta lo indispensable, sucede la *hadara*, fase urbana, compleja y generadora de lo superfluo, que representa la realización y el fin de la sociedad. El destino del *umran* es oscilar, según una ley inexorable, entre esos dos polos.

En el *mulk* (poder) Ibn Jaldún ve el elemento fundamental de toda la dinámica social e histórica. Por ser la fuente del mayor prestigio, hacia él tienden la voluntad y el deseo de los hombres y en torno a él se movilizan. Precario por naturaleza, pasa de un grupo a otro y de una nación a otra. Su función de distribución del excedente económico y de estructuración social lo convierte en motor del paso de la *badawa* a la *hadara*. En torno a este eje de la vida social Ibn Jaldún estructura su obra de historiador. Estudia las naciones que, en torno a los árabes y los beréberes, han ejercido sucesivamente el poder. El curso mismo de su relato sigue la progresión de los grupos políticos desde su "beduinidad" inicial al apogeo de su poder y posteriormente a su caída.

Esos conceptos diversos se insertan en toda una red de nociones. En particular, en el plano social, el espíritu de cuerpo (*asabiyya*), el parentesco (*nasab*), la clientela o la protección (*wala, istina*), el honor (*nu ra*); en el plano político, la limitación (*ikrah*), la fuerza coercitiva (*Qahr*), la dominación (*ghalab o taghalub*), el prestigio (*jah*); en el plano económico, los medios de subsistencia (*ma ash*), la ganancia o el beneficio (*kasb*), el valor (*qima*), el trabajo (*a mal*).

Los conceptos así aplicados, las leyes que elabora para el funcionamiento de la sociedad árabe-beréber y las síntesis que presenta sobre numerosos aspectos de la historia del Islam siguen siendo indispensables para toda investigación antropológica e histórica sobre la sociedad islámica. Lejos de haber sido superado, este conjunto teórico riguroso y coherente constituye un acervo científico que los investigadores modernos no han terminado de aprovechar. ■

ABDESSELAM CHEDDADI ■



Arriba, *Los prolegómenos* de Ibn Jaldún, manuscrito en vitela de 1733.

A la izquierda, ilustración de *Babur-nama*, memorias de Babur (1483-1530), fundador del Imperio Gran Mongol en el norte de la India.

biográficos, relacionados con la vida religiosa e intelectual: repertorios de poetas y de especialistas diversos, colecciones de doctores pertenecientes a las distintas escuelas jurídico-religiosas, catálogos de escritores, vidas de santos... La tradición historiográfica se implanta sólidamente y florece en las diversas regiones del imperio islámico.

En cuanto al tercer periodo, que se inicia a mediados del siglo V de la Hégira, tiene su origen en la ruptura causada por las profundas transformaciones políticas que en aquella época experimenta el mundo del Islam. El horizonte de la producción historiográfica se encoge y estrecha

hasta mediados del siglo VI. Seguidamente, es Siria la que va a desempeñar durante algún tiempo un papel prominente, con historiadores como Ibn al-Tayyi, Ibn Abi al-Dam e Ibn al-Nazif, autores de grandes historias universales, a los que un poco después viene a continuar Ibn al-Atir, autor de *al-Kamil* (Libro completo de las crónicas). Le toca después a Egipto la suerte de ser la cuna de grandes historiadores como Ibn Hayar, al-Maqrizi, al-Ayni, Ibn Tighiribirdi, al-Sajawi y al-Suyuti. Por último, en el Magreb vive y escribe por la misma época Ibn Jaldún, cuya obra innovadora será admirada en su siglo pero sin que tenga continuadores. ■

Africa: el dominio del tiempo

POR BOGUMIL JEWSIEWICKI
Y V. Y. MUDIMBE



Griot senufo de Côte-d'Ivoire. Página de la derecha, en el museo de Jos, en Nigeria.

LA historia del Africa negra, en una época todavía reciente, sólo existía para el mundo exterior gracias a la palabra escrita de los conquistadores europeos. Hoy día ya se ha afirmado como una disciplina autónoma. Nadie se atrevería actualmente a declarar, como lo hacían algunos especialistas a mediados del presente siglo, que hay tal vez un pasado africano, pero que, por falta de escritura, su historia no existe. A juicio de éstos, el dominio del tiempo escapaba radicalmente a las sociedades negras de Africa. Esta incapacidad "técnica" no podía sino reforzar la exclusión de un continente que, según Hegel, no pertenecía al devenir universal de la humanidad consciente.

Esta exclusión de la historicidad judeocristiana que se daba, a semejanza del monoteísmo, como una norma universal de la razón, orientó profundamente, en los años 1950 y 1960, la lucha de los intelectuales africanos formados en Occidente. Su exigencia afectaba a la dignidad africana. Reivindicaban lo que se les había negado expresamente: el derecho a la universalidad y, por consiguiente, el reconocimiento del aporte africano a la constitución de la humanidad. En la coyuntura de entonces, junto a las artes, que ocupaban el primer lugar, se afirmaba, en un plano diferente pero no separado, una historicidad que implicaba la reconstitución de los hechos del pasado africano.

Los intelectuales se inspiraron sobre todo en la herencia de los negros de la diáspora que, en su combate por el reconocimiento de su propia humanidad, se habían consagrado a la búsqueda de las antigüedades negras del Occidente. Les interesaba esencialmente establecer una legitimidad de la humanidad negra en el corazón de la cultura, tal como había sido concebida por las Luces sobre la base de las aportaciones grecorromanas y judeocristianas. Este combate no podía dejar de conducir a una rectificación de la imposición de la filosofía hegeliana de la historia.

En el origen de Occidente se encuentra el Egipto faraónico, cuya esencia fue negra: tal es el postulado de la filosofía negro-egipcia de la historia que lanzó Cheikh Anta Diop a Occidente en sus obras, en una respuesta hegeliana. Como diversos otros intelectuales africanos eminentes de esa época, Diop es, en efecto, sorprendentemente fiel a Hegel. Los pioneros de la historia universitaria del Africa negra, Ade Ajayi y Joseph Ki-Zerbo, conceptualizan ambos de manera similar el "paréntesis colonial" de la historia

africana —un periodo que correspondería a una suerte de descenso a los infiernos y que sólo merecería el olvido.

En uno y otro caso el futuro del Africa se articula a partir de un pasado glorioso que se remonta al Egipto faraónico a juicio de Cheikh Anta Diop, o que, menos lejano, corresponde, para Ki-Zerbo y Ajayi, al Africa precolonial.

A raíz de la *negritud*, concepto de Aimé Césaire y de Léopold Senghor que impuso a Occidente y al mundo el reconocimiento de las culturas negro-africanas, la historiografía se empeñó en demostrar la historicidad de las sociedades africanas. Existían tensiones entre los historiadores universitarios de Africa y los partidarios de una percepción filosófica del pasado, como Cheikh Anta Diop, pero todos estimaban que había que conciliar el discurso sobre el pasado con una filosofía política del presente. Los primeros concibieron ésta en términos de estados nacionales; los segundos, Diop y los historiadores de la diáspora, soñaron con un estado unitario.

Durante tres decenios (1950-1980), en los que se afirmó como disciplina universitaria, la historia de Africa dio primordial importancia al estado como sujeto histórico. Hoy se dispone de dos obras fundamentales: la *Histoire générale d'Afrique* y la *Cambridge History of Africa*. En una generación, el conocimiento universitario de Africa se ha convertido en un elemento del relato del devenir de la humanidad. Gracias al enorme esfuerzo de acopio y de traducción de los discursos orales sobre el pasado de cientos de sociedades, gracias a su análisis comparado con los datos escritos provenientes de culturas occidentales y musulmanas y al desarrollo de la arqueología, de la lingüística y de los medios técnicos, pero también gracias a la imaginación y al rigor de los investigadores enfrentados a las fluctuaciones cronológicas de la oralidad, disponemos actualmente de una suma inmensa de informaciones sobre acontecimientos.

Existen igualmente buenos textos de vulgarización, en particular las obras, escritas en francés, de I. Kake y E. M'Bokolo. Por otra parte, la Unesco prevé realizar una versión resumida de su monumental *Historia de Africa* así como su traducción a lenguas africanas. Sin embargo, los conocimientos logrados por la historiografía universitaria no están aun suficientemente incorporados a la enseñanza de la historia en Africa, problema que la crisis de la edición y de la difusión del libro ha agudizado todavía más.





Excavaciones en Djenné, ciudad de Malí donde existió una antigua civilización.

El recurso a las tradiciones orales no constituye evidentemente un fenómeno específico de la historiografía africana. Pero a su aplicación en Africa se deben su legitimidad universitaria y su evolución metodológica, de la que un historiador como Jan Vassina es y continúa siendo el pionero. En efecto, desde el comienzo, el análisis de las tradiciones orales impuso una real colaboración entre historiadores, antropólogos y lingüistas. Esta colaboración contribuyó a menudo a reducir las fronteras entre esas disciplinas, pero también se tradujo en que un cierto número de investigadores aceptara el concepto antropológico de “presente etnográfico”. Se produjo entonces un corte artificial del pasado africano en dos tiempos, cuya principal línea divisoria sería la colonización. En consecuencia se presentó la historia precolonial como el crisol de las experiencias auténticamente africanas, desatendiéndose la historia colonial, a la que se consideró un paréntesis: un tiempo de aculturación y dominación. Del concepto de “presente etnográfico” proviene también la idea, hoy superada, de que el Africa negra sería un museo viviente de la evolución de la humanidad.

La idea de que las tradiciones orales no merecen nuestra atención e, incluso, de que existen sólo para el periodo colonial es falsa y hasta peligrosa. Está ligada a otra concepción, no menos equivocada, según la cual las sociedades africanas habrían perdido totalmente el dominio de su historia durante la época colonial. Esta idea ha suscitado algunos mitos. Así, un africano urbanizado sería, culturalmente, un bastardo, y sólo el africano rural, y por lo tanto tradicional, encarnaría la africanidad. Estos presupuestos han marcado poderosamente las políticas científicas del africanismo. Hubo instituciones eruditas así como investigadores que se consagraron a estudiar los relatos de las tradiciones de los estados o de las cortes de jefes importantes. Un sentimiento de urgencia los ha impulsado siempre a buscar la tradición más antigua, pues, según un proverbio en boga “un anciano que muere es una biblioteca que desaparece”.

En consecuencia, se tendió a valorizar el aspecto documental de los discursos históricos orales. Pero a fuerza de querer legitimar las tradiciones orales como documentos de archivo se

llego a olvidar que también son discursos históricos. Un “griot” del oeste de Africa o un “tradicionalista” vinculado a la corte de un estado precolonial son además e incluso ante todo historiadores en el sentido corriente de la palabra.

En los años sesenta la práctica de la historia africana experimentó una transformación. Se trata de un periodo en el que la crítica histórica clásica se adapta a las necesidades de análisis de los datos orales. La necesidad de probar a un mundo más bien escéptico que el concepto de historia africana posee validez impone una idea motriz: el modo oral de conservación de la información, en la medida en que la continuidad de una estructura política garantiza su transmisión, puede ser tan fiel a los hechos como el texto escrito.

En la actualidad los africanistas muestran un vivo interés por la historia social y, desde hace poco, por la historia intelectual. Los historiadores prestan mayor atención a las micro-historias. De ese modo se aprende a respetar y valorar esa continuidad de conocimientos acerca del pasado que las sociedades africanas siempre han producido. Los africanos escriben su historia desde hace siglos, en realidad desde que la cultura musulmana les proporcionó un instrumento: el alfabeto árabe. Los estados africanos del Sahel permitieron la existencia de esos letrados que habían adoptado ese instrumento venido de otra parte, la escritura, integrándolos en sus vidas y sus culturas.

Allí, al igual que en otras partes del continente, los africanos dicen, cantan, escenifican (danza, recitación, teatro de marionetas), esculpen y pintan su historia. Al igual que otros pueblos, siempre han dominado su pasado y han tenido sus discursos históricos que respetan los hechos del pasado y los sitúan en un marco explicativo y estético que les otorga sentido. Es ese sentido el que instaura un vínculo entre el pasado, el presente y el futuro de Africa, y el que permite producir, en el ámbito de una ciencia histórica ampliada a la dimensión del mundo, un discurso útil, verdadero y verosímil, tanto en sí mismo como en relación con los hechos que interpreta.

Aceptemos la contribución de la “humanidad” negra a la construcción de nuestro porvenir común. Egipto fue no sólo una civilización africana sino también específicamente negra, como según parece también lo fue la Eva de la humanidad. Sabemos también que san Agustín pertenecía a una cultura mestiza al igual que, después de él, numerosos sabios y letrados. Hoy en día nos resulta posible contemplar de manera más serena tanto el pasado como las historiografías de las sociedades de Africa.

Ahora sabemos que nuestra historiografía universitaria que en el pasado ensalzó tanto lo escrito y que lo hizo posible, no es la única que posee validez. Desde siempre las historiografías orales transmiten también normas y pautas lógicas de interpretación del pasado. ¿Por qué considerarlas entonces como meros documentos de archivo, que esperan la mirada y la inteligencia del historiador actual? ■

BOGUMIL JEWSIEWICKI, canadiense, es profesor de historia de la Universidad Laval (Canadá) y ha publicado, entre otras, una obra sobre historiografía africana (1986).

V. Y. MUDIMBE es profesor de estudios románicos y de literatura comparada de la Duke University (Estados Unidos). Una de sus principales obras es *The invention of Africa* (La invención de Africa, 1988).



URSS: el fin de las “manchas blancas”

POR VLADLEN SIROTKIN

EN las URSS hay periodos enteros de la historia, tanto soviética como mundial, sobre los cuales lisa y llanamente se ha guardado silencio. No es que se hayan falseado, no, sino que simplemente se han omitido. Se les llama “manchas blancas”. Así, por ejemplo, algunos viejos bolcheviques como Bujarin, Zinoviev y Trotski, y tantos otros que fueron ejecutados, se han eliminado del pasado. Por tal motivo, hoy en día la publicación de biografías ha alcanzado un auge extraordinario. Se ha descartado totalmente la versión estaliniana de la colectivización de la agricultura y de la industrialización. Resultado: hemos tenido que suprimir los exámenes de historia por falta de nuevos manuales. En lugar de la historia del partido comunista, del comunismo científico y de la economía política del socialismo, dictamos cursos sobre la historia social y política del siglo XX.

Se están elaborando nuevos manuales. Un equipo prepara uno titulado *Ensayo sobre la historia del partido*, otro trabaja en una historia de la URSS. Soy uno de los autores de una historia universal, ya que me he especializado en Francia, Italia, España, Suiza y Bélgica.

Los círculos de los historiadores están en plena evolución. En un extremo se encuentra el profesor bien instalado, opositor, por lo menos en el plano intelectual. En el otro, está la juventud: investigadores, profesores de universidad, izquierdistas, más bien un grupo aparte. Luego, en el centro, nos encontramos nosotros, los de cuarenta y cinco a cincuenta años de edad. Nos esforzamos por lograr que la situación progrese.

Tomemos, por ejemplo, la Revolución Francesa. Hasta hace cinco años se estudiaba esencialmente el periodo del Terror. La revolución sin el terror no era la revolución —así se justificaba el terrorismo. Con excepción de Robespierre, no



se estudiaban los jefes de la Revolución. Este año, con motivo del Bicentenario, se ha podido hacer mejor las cosas; se han rellenado algunas “manchas blancas” publicando libros que examinan objetivamente todos los aspectos del hecho revolucionario. Lo mismo ocurre con las revoluciones inglesa y norteamericana. Yo mismo he escrito varios artículos en los que hacía comparaciones entre esas tres revoluciones y la Revolución de Octubre.

Hace algún tiempo, muchas palabras, muchos nombres eran tabúes: “convergencia”, “gulag”, el “académico Sajarov”... No por razones históricas, sino porque tenían que ver con lo político. Ahora hablamos de esos temas libremente, y se expresan opiniones diferentes. Toda homogeneidad de fachada ha desaparecido, se trata ahora de la pluralidad de opiniones, de la democracia. Desde hace cinco años todo ha cambiado.

Foto superior, la tribuna oficial durante el desfile del 1 de mayo de 1929 en la Plaza Roja. Bujarin es el primero de la izquierda. Arriba, artículos sobre Trotski publicados recientemente en periódicos soviéticos.



Ciertamente, hay fuerzas conservadoras que frenan este impulso. Pero en la universidad, donde yo enseñé, la situación evoluciona enormemente. Allí hacemos un doble trabajo: enseñanza e investigación, y los estudiantes impulsan el cambio. Es un movimiento general.

“Ustedes son historiadores. Son ustedes los que deben decidir”

Las publicaciones son libres, pero hace dos años solamente, lo que explica que todavía no haya nuevos manuales. En cambio, gran número de artículos aparecen en los periódicos, los semanarios y las revistas históricas. No en todas, sin embargo. Algunas de esas revistas esperan todavía recibir pedidos, instrucciones del Comité Central. Pero el Comité Central está mudo. Gorbachov ha dicho: “No más pedidos. Ustedes son historiadores. Son ustedes los que deben decidir.”

Para llenar las “manchas blancas” de los archivos hay que utilizar libros que antes estaban prohibidos. Entre nosotros se les llama “archivos especiales”, “biblioteca especial” o “documentación especial”. Ahora se publica todo, absolutamente todo. Así, en el semanario *Smen*, publiqué un gran documento sobre Trotski y el trotskismo. Asimismo, en un diario destinado a los profesores de la enseñanza secundaria, un largo artículo ilustrado sobre Stolypin, el reformador número uno de comienzos de siglo. Quería hacer una reforma agraria y los conservadores lo eliminaron. Gracias a las fotos, por primera vez se ha visto a Stolypin.

Para presentar un gran panorama histórico, que sea verdadero, tenemos que utilizar todos los archivos, todas las fuentes. El problema es que hay que vencer las resistencias de los viejos archiveros y de los burócratas empedernidos que se esfuerzan por retrasar el movimiento. Pero, contrariamente a lo que suele creerse, los archivos no están cerrados. Es posible dirigirse a ellos y pedir lo que uno necesita. Oficialmente todo es

Miembros del Presidium del Primer Congreso de los Soviets (1922). Arriba a la izquierda, Zinoviev.



Petr Arkadievich Stolypin (1862-1911).

VLADLEN SIROTKIN, historiador soviético, es profesor de la Academia Diplomática de Moscú. Especialista en historia de Francia y de las relaciones franco-soviéticas, ha escrito, entre otros temas, sobre las guerras napoleónicas y las relaciones entre Francia y Rusia en el siglo XIX.

accesible, incluso los archivos del Partido. Por lo demás, nuestros archivos están ahora llenos de norteamericanos y de japoneses. Hay una gran cinemateca cerca de Moscú; he visto allí películas todo el día sin ninguna dificultad. Del mismo modo, he viajado libremente al extranjero. He trabajado en los archivos de Italia, Francia, Bélgica. El año próximo iré a Estados Unidos.

¿Cómo hacer una historia científica?

No soy partidario de escribir inmediatamente una historia que pueda ser válida para todos. Se necesita tiempo y avanzar paso a paso. Volvamos a la Revolución Francesa. Con motivo del Bicentenario publicamos una obra en la que un tercio de los autores son franceses. Hemos seguido el principio ya adoptado en el reciente *Diccionario de la glasnost*: dos autores por capítulo —en el presente caso, un soviético y un francés. Se aplican entonces criterios científicos y se da menos importancia a la ideología. ¿Pero cómo hacer una historia científica? Algunos problemas tienen implicaciones ideológicas o consecuencias políticas.

Creo que el papel de los historiadores no es en absoluto explicar sino más bien revelar todo lo que ocurrió realmente. Por el momento, no se puede afirmar que tengamos una historia realmente científica, todavía no. Pero lo estamos haciendo. Y desde este punto de vista los periódicos revisten sumo interés. Cuando yo era estudiante en Moscú, no me jactaba de frecuentar la Facultad de Letras. Pretendía incluso ser un futuro ingeniero o físico... Ahora, ha llegado la época de los historiadores. Televisión, radios, periódicos, soviéticos o extranjeros, nos interrogan. He tenido que conceder unas cien entrevistas a numerosos diarios de todas partes del mundo.

Los comunistas, en el resto del mundo, y en particular en el Tercer Mundo, se han conformado durante mucho tiempo con la versión oficial de la historia soviética. Por ese motivo los cambios actuales en nuestro país los desorientan. Eramos para ellos un modelo, un paraíso en la tierra. Ahora bien, esta imagen es falsa. Empezó a deteriorarse hace más de treinta años, desde el XX Congreso del PCUS y el informe de Kruschov sobre Stalin. Ahora estamos abiertos, discutimos y procuramos destacar los hechos. Esos camaradas no están acostumbrados a tal situación.

En realidad, en el movimiento comunista no se está familiarizado con el pluralismo de las ideas que, a mi juicio, reinaba en tiempos de Lenin. El hábito del debate se ha perdido a partir de Stalin. Así, en la URSS, hay sectores que están muy desorientados con la situación actual. Visité la parte extremo oriental del país y me di cuenta de que no se entendía allí lo que sucedía en Moscú o en Leningrado. Lograr que se comprenda la situación tomará mucho tiempo. Hay que ser consciente de ello. ■

● ● ●
Africa Occidental: una antigua metalurgia

Los bronzes del Benin, una de las formas más elevadas del arte africano, ¿van a revelarnos su secreto? Investigaciones cuidadosas realizadas por el Museo Británico y la Universidad de Toronto han demostrado el origen local tanto de las materias primas (cobre, plomo, estaño) como de las técnicas empleadas. En Rwanda los arqueólogos han descubierto hornos para metales que datan probablemente del siglo VIII a.C. Dos siglos antes ya se había comenzado a trabajar el hierro en África Occidental.

● ● ●
Karnak visto por la computadora

Valiéndose de computadoras gigantes, los investigadores del Centro Franco-Egipcio de los templos de Karnak han reconstituido, de manera ficticia, sobre una pantalla, el aspecto de los sitios arquitectónicos más complejos del antiguo Egipto. Han recurrido a un programa empleado por un servicio de la Electricidad de Francia (EDF) para la concepción de las centrales nucleares. En este centro, creado en 1967, participan el Centro Nacional de Investigaciones Científicas (CNRS), el Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia y la Organización Egipcia de Antigüedades.

● ● ●
Kupka
Una retrospectiva del pintor Frank Kupka (1871-1957), de origen checo, se presenta en el Museo de Arte Moderno de la Ciudad de París gracias a los préstamos de la galería Norodni de Praga (22 de noviembre de 1989 - 25 de febrero de 1990). La obra de Kupka, en la que están presentes dos siglos y tres capitales (Praga, Viena y París), combina una constante exaltación llena de colorido con un afán no menos imperioso de construcción geométrica. El ilustrador de *El Hombre y la Tierra*, de Elysée Reclus, geógrafo y precursor de los

sociólogos, es también autor de *Primavera cósmica*, tela alucinada. Pese a ser un racionalista, Kupka frecuentaba también las sesiones de espiritismo.

● ● ●
Un éxito genético

Un equipo compuesto de un investigador francés, un yugoslavo y un norteamericano ha logrado "casar" dos bacterias con secuencias de ADN diferentes, lo que, en una época todavía muy reciente, parecía imposible. Por consiguiente, se pueden combinar genes pertenecientes a especies diferentes que darán origen a nuevas proteínas. Una patente internacional de esta nueva técnica ya ha sido depositada. Esta "manipulación" se ha llevado a cabo con un máximo de precauciones. Pero en el futuro otros científicos podrán mostrarse menos escrupulosos. La creación de una comisión de ética internacional, con capacidad de control, resulta indispensable, sobre todo en materia de manipulación genética.

● ● ●
Fronteras Humanas

Es en Estrasburgo donde tendrá su sede la Secretaría Permanente del Programa Internacional "Fronteras Humanas", encargado de descubrir los misterios del funcionamiento del cerebro y de los genes. El programa cuenta, en un principio, con un financiamiento procedente en un 90 por ciento del Japón. Este país, tuvo, en efecto, a partir de 1986, la idea de crear un programa encaminado a abrir las fronteras del conocimiento humano: así lo propuso, oficialmente, el año siguiente, en la Cumbre de los siete países industrializados de Venecia.

● ● ●
Entorno africano: una voz de alarma

El Banco Africano de Desarrollo (BAD), principal proveedor de fondos del continente, ha dado la alarma. En África tropical la

deforestación encaminada a obtener terrenos para la agricultura hace que desaparezcan cada año unas 225.000 hectáreas de bosques espesos y productivos. Además, se destruyen también cada año 635.000 hectáreas de bosques para obtener maderas duras y contrachapados. Ello acarrea una reducción de la capa vegetal y una pérdida de las disponibilidades de leña. África debe hacer frente asimismo a una disminución y a la contaminación química de las aguas subterráneas a causa del empleo excesivo de abonos y de plaguicidas, así como a la contaminación del agua y del aire en las ciudades donde vive cerca del 32 por ciento de la población.

● ● ●
Neptuno y el quasar

Los sabios van a pasar años estudiando los datos transmitidos por la nave espacial norteamericana, *Voyager 2*, cuando pasó, en agosto de 1989, cerca de Neptuno, después de un viaje de 12 años y de 4,5 mil millones de kilómetros. *Voyager* reveló la presencia de seis nuevos satélites y de tres anillos hasta ahora desconocidos en torno a este lejano planeta del sistema solar, objetivo final de la nave espacial antes de que prosiga su ruta en la galaxia. Otro éxito de los astrónomos norteamericanos en 1989 fue el descubrimiento del cuerpo cósmico más viejo y más distante conocido hasta ahora, un quasar de 14 mil millones de años-luz.

● ● ●
Salud y cambio climático

El calentamiento del clima, debido, según numerosos científicos, al efecto de invernadero, podría favorecer la propagación de ciertas enfermedades y disminuir al mismo tiempo la capacidad del organismo de defenderse contra las mismas. Tal es la conclusión de los especialistas que participaron en la Conferencia sobre el Cambio Atmosférico

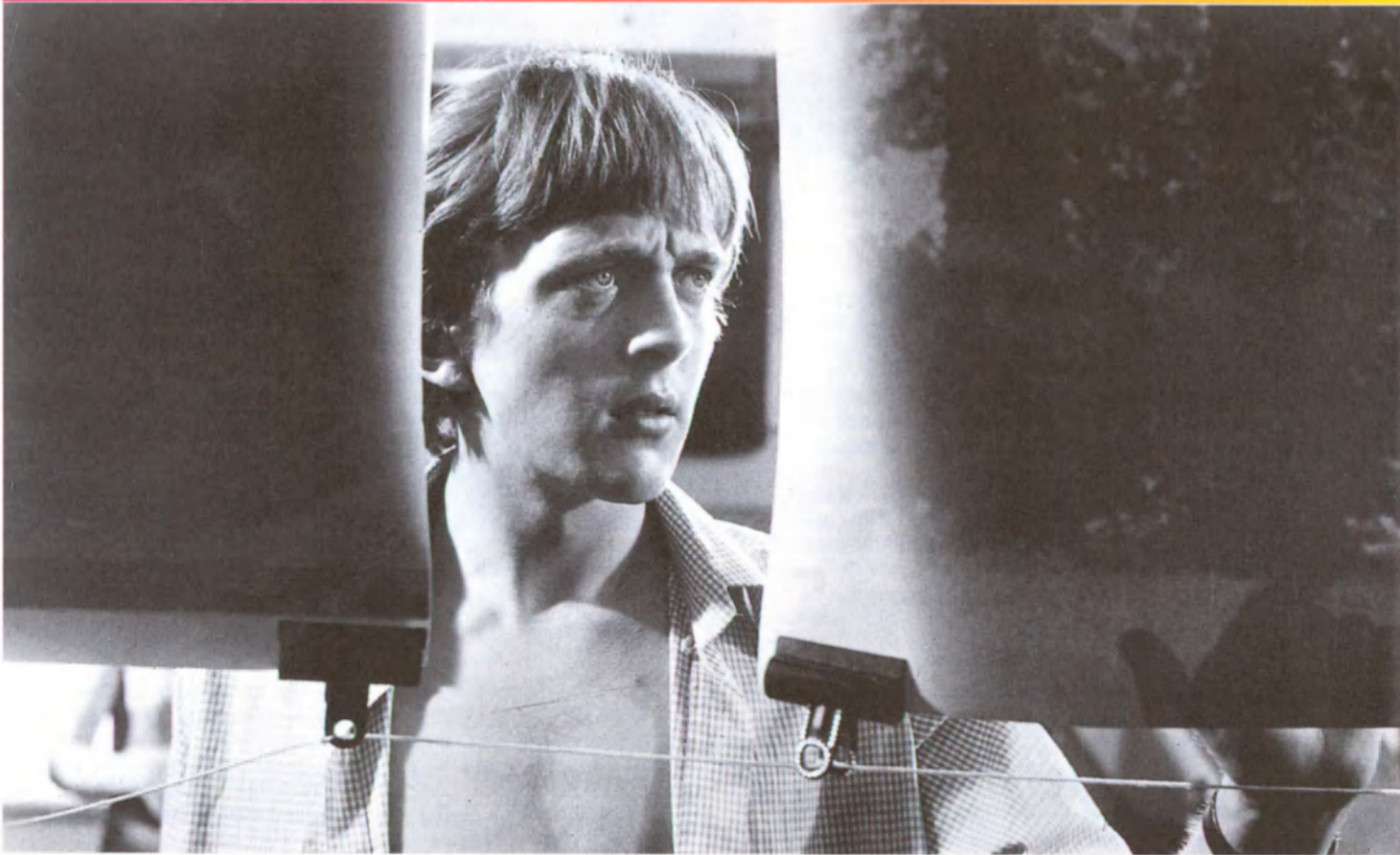
Mundial y la Salud Pública, celebrada en Washington, D.C., en diciembre de 1989. Uno de ellos predijo una invasión creciente de parásitos portadores de enfermedades y otro destacó que la acción de los rayos ultravioletas, reforzada por la disminución de la capa de ozono en la parte superior de la atmósfera, puede modificar el sistema inmunitario y provocar ciertas formas de cáncer.

● ● ●
Fatiga por compasión

Los médicos, asistentes sociales y terapeutas norteamericanos tienen una nueva expresión para designar un fenómeno que, según ellos, hace estragos entre sus miembros: la "fatiga por compasión". "Por lo menos un 20 por ciento del personal que presta atención médica y social sufre de esta forma de agotamiento", declaró el doctor Lyle Miller, que dirige en Boston el Instituto de Biocomportamiento, en una conferencia reciente de la Asociación Norteamericana de Asistentes Sociales. Las personas afectadas son las que se preocupan demasiado de los problemas de los demás, lo que no les deja suficiente tiempo o energía para dedicarse a sí mismas. Desilusionadas o deprimidas, muestran diversos síntomas característicos de la fatiga, como dolores de cabeza, de espalda o un carácter irritable.

● ● ●
El punto débil de las cucarachas

Los químicos de la Universidad de Washington en St. Louis, Estados Unidos, han hecho un descubrimiento que probablemente se traducirá en un nuevo medio de lucha contra las cucarachas. Gracias al método de resonancia magnética nuclear, han localizado en el insecto el centro donde produce las sustancias químicas de las que se compone su piel. Esperan así poder elaborar un agente inhibidor que impida que la piel se forme.



LOS ARCHIVOS CONSIDERADOS COMO SUBSTANCIA ALUCINÓGENA

POR MICHEL MELOT

En la película *Blow up*, a fuerza de ampliar una y otra vez un detalle de una fotografía tratando de descubrir un secreto que pertenece exclusivamente a la realidad, la imagen acaba haciéndose añicos ante los ojos del protagonista y no dejando ver otra cosa que lo que es en su superficie: un conjunto de partículas de sal de plata. Borges, que va todavía más lejos, imagina un país que procura por todos los medios trazar un mapa de su territorio lo más exacto posible y que es, en definitiva, su reproducción íntegra a escala 1/1.

No deja de ser sorprendente que al mismo tiempo que la labor de esos geógrafos es claramente percibida como un desvarío, algo tan inverosímil que ningún lector de Borges cree ni un solo instante que se trate de una historia real, nadie, o casi nadie, parezca extrañarse al ver que los historiadores tratan de repetir la misma utopía.

Se estima que los archivos modernos sirven para recopilar, conser-

var, clasificar y transmitir "todos los documentos producidos por el funcionamiento de un servicio". ¡Nada menos! El kilómetro de estantería se convierte así en la auténtica medida de la Historia, pese a que el año-luz no sería suficiente.

Todos los días se reciben en la Biblioteca Nacional cinco mil títulos de publicaciones periódicas. Ante una tarea tan ciclópea, nunca se ha calculado (el cálculo sería seguramente demasiado cruel) cuantas probabilidades existen de que alguien consulte algún día esos ejemplares. ¡Sacrilégio!, braman los bibliotecarios, dejando bien a las claras que se trata de un fenómeno de carácter sagrado; y la absurda respuesta aparece inevitablemente: "Aun cuando no existiera más que una posibilidad entre un millón de que un historiador desee en el futuro uno solo de esos documentos, habría que conservarlo".

Ese "historiador futuro" es el pretexto hipócrita de todas nuestras quimeras de historicidad, el chivo

expiatorio de nuestras angustias actuales. ¿Es realmente en beneficio suyo por lo que hemos de hacer frente a esa labor imposible, a esa recopilación sin límites, a esa clasificación delirante? En tal caso, estamos entrando en la alucinación de la conservación "absoluta" de la Historia protegida, de la reconducción del Tiempo.

El quid de la cuestión no es la cantidad exponencial de los documentos que deben conservarse, sino más bien el principio de conservar, en definitiva, algunos de ellos. Tras haber proclamado nuestro asombro por la definición legal de los archivos, tan extensa que se autoaniquila, manifestemos el pasmo que nos causa el depósito legal, ese afán de conservación del patrimonio impreso del que se hace cargo la Biblioteca Nacional. El principio podría ser válido para los libros, ya que ocupan poco espacio y, si como todo el mundo pide, se contratara a unos cuantos miles de conservadores más, el

problema quedaría resuelto en seguida.

Pero tengamos en cuenta los carteles: efectivamente, todo cartel expuesto en Francia está sometido al depósito legal. Limitémonos a las campañas nacionales. Son carteles de gran tamaño, que generalmente llegan a la Biblioteca fraccionados en dieciséis partes, cada una de ellas doblada en cuatro. Se reciben por metros cúbicos y ni siquiera se llega a desdoblarlos, ya que, como el papel es de mala calidad, se estropearían. Por otra parte, suponiendo que se catalogaran, sería imposible mostrarlos (¿qué mesa, qué estantería aberrantes habría que idear para exponer un cartel realizado para ser exhibido en una fachada?) y, de todos modos, el papel con que están hechos es perecedero. Así pues, es preceptivo no desdoblarlos nunca antes de su descomposición espontánea.

Sin embargo, en la Biblioteca Nacional se apilan los carteles. Lo sé

porque yo mismo lo he hecho escrupulosa y desesperadamente. Incluso me he preguntado muchas veces: ¿Para qué estoy apilando carteles doblados en cuatro? Y surgió así en mi mente otra alucinación: ¿Por qué no los anuncios publicitarios pintados en las paredes, esculpidos en poliestireno o en chapa pintada? ¿Por qué los carteles exclusivamente? La respuesta es muy sencilla: porque se

clientes a depositar en la Biblioteca Nacional (que no quedaba muy lejos) un ejemplar de su camiseta.

Las fotografías en color plantean un problema técnico: se decoloran al cabo de unos años. No existe más que una solución, que sólo pueden aplicar algunos museos riquísimos, consistente en reducir a cuatricromía cada cliché, medida radical que presenta otra ventaja: al imprimir

razones de nuestra sinrazón? En todo este caos tiene que haber algún asidero. Examinemos, por ejemplo, qué es lo que se conserva, ya que, evidentemente, no se conserva todo. La respuesta cabe en una palabra: sólo se conservan objetos. Todos los objetos, y sólo los objetos, son conservables. Así pues, si sabemos que el "historiador futuro" no pasa de ser una estratagema para justificar

religiones, a las regalías que atestiguan la legitimidad del poder real y a las actas de propiedad en general. ¿No serán acaso los objetos las "regalías" de una sociedad productora de objetos, una nueva forma de reliquia adaptada a las democracias mercantiles, globalmente legitimadas por estos testimonios simbólicos? Convencidos de que nuestra supervivencia depende de la producción de objetos, en torno a la cual hemos construido la armazón de nuestras colectividades, fingimos creer que nuestro saber está también en juego, y de ahí ese terror religioso ante la idea de dejarlos desaparecer, como una especie de culto de los antepasados del que catálogos e inventarios serían la letanía.

He comprobado que el frenesí por conservar objetos iba en aumento; que el dogma, lejos de debilitarse a medida que cobraba visos paroxícticos y ridículos, adquiría cada vez más fuerza: ecomuseos, parques naturales, archivos privados, lugares y ciudades íntegramente vigilados, proliferación de museos de todo tipo... Y que todo ello era motivo de júbilo exactamente en la misma medida en que se deploraban las destrucciones masivas de objetos, no tanto a causa de las guerras como de la explosión urbana, la industrialización del campo, la concentración parcelaria, la construcción de autopistas, la domesticación de las energías, etc.

Dicho de otro modo, parece que hubiera un fenómeno de vasos comunicantes y nosotros, adoradores de objetos, los conserváramos con tanto mayor celo cuanto que destruímos otros por motivos puramente económicos, objetos que son en sí destructores de paisajes, de modos de vida, de creencias. El ciclo de los objetos se acelera por la rotación cada vez más veloz de las existencias que debe estimular el consumo. Hay quienes anuncian que la duración de un rascacielos de cien pisos no debería ser superior a diez años. ¿Cómo no quedar pasmados ante tal afirmación, cuando se adoptan medidas tan extravagantes para conservar eternamente una vieja chimenea? ■

MICHEL MELOT, escritor y bibliotecario francés, es vicepresidente del Consejo Superior de Bibliotecas. Ex director de la Biblioteca Pública de Información del Centro Georges Pompidou (1983-1989), es autor de numerosas obras, entre las que cabe destacar *Les femmes de Toulouse-Lautrec* (Las mujeres de Toulouse Lautrec, 1985).



pueden doblar en cuatro y amontonar, cosa que no puede hacerse con la chapa pintada. Se hace lo que se puede, pero el honor está a salvo.

No vaya a pensar el lector que exagero ni que ridiculizo a los funcionarios franceses. He llegado a visitar la Biblioteca Lenin, la Biblioteca del Congreso y la Biblioteca de la Dieta y en todas ellas he preguntado qué hacían con los carteles. Los apilan en todas.

Una vez que hayamos resuelto el problema de los carteles y el de las fotografías, quedarán las fotocopias y las ediciones en computadora de tratamiento de texto, ya que hoy en día todo hijo de vecino puede tener en su escritorio una pequeña imprenta integrada. El otro día vi en una céntrica avenida a un vendedor ambulante que ofrecía unos frasquitos con un líquido capaz de trasladar a cualquier soporte (en particular, las camisetas de algodón) cualquier imagen impresa (especialmente los personajes de las tiras ilustradas). Además de observar que el buen hombre infringía ostensiblemente la ley de derecho de autor, me pregunté si no habría que obligar a todos sus

sistemáticamente todas las diapositivas que existen en el mundo, no sólo quedarían preservadas, sino también catalogadas.

No quiero dejar pasar el problema de la conservación de los soportes lógicos. El lector pensará, con razón, que no hay nada más fácil de archivar que una cinta magnetofónica o un disco flexible. Pero, al igual que sucede con algunos discos antiguos, es obligatorio conservar, junto con el disco flexible, la computadora en la que se lo pueda consultar. Ahora bien, este material tiene una odiosa tendencia a renovarse con gran rapidez, de modo que el problema estriba en la necesidad de una reforma de la ley de depósito legal para obligar a los constructores a depositar todos sus modelos y a mantenerlos en funcionamiento eternamente.

No hay que olvidar tampoco las nuevas tecnologías, esas fotografías numéricas que se transmiten sin dejar rastro, esas impresoras de cuarta generación cuya ciencia tipográfica está íntegramente inscrita en el programa que dirige el rayo láser.

¿Cuáles son, pues, las auténticas

nuestra manía de conservación, ¿para qué pueden servir esas acumulaciones de objetos?

Una vez más, la respuesta es más sencilla de lo que parece. La gran mayoría del público sólo acude a los depósitos de archivos exclusivamente por dos razones: el estado civil, que permite certificar las filiaciones, y el catastro, que permite certificar la propiedad. Estos son los únicos archivos que parecen tener una importancia considerable en la vida de la colectividad. Prueba de ello es que, cuando se producen insurrecciones o revoluciones, una de las primeras iniciativas de los revolucionarios consiste en precipitarse a los archivos a quemar los títulos de propiedad. Entre dos revoluciones, los archivos que quedan sólo interesan a los historiadores.

Por consiguiente, el problema está en averiguar cómo se ha pasado de una práctica "utilitaria" de la conservación, capaz de interesar a los revolucionarios para sus autos de fe, a una práctica sacrosanta, "cultural", que interesa a los historiadores para escribir libros.

El origen de estos objetos que se conservan se remonta al culto de las

DÍAS PARISIENSES DE TAHA HUSAYN

POR CHARBEL DAGHER

El hotel Beauvoir está siempre allí, frente a la Closerie des lilas. Dos ventanas equidistantes del portal. Invito a Mu'nes a colocarse ante la ventana de la derecha, luego ante la otra. ¿Pero cómo fotografiar al ausente?

Cuál no sería mi sorpresa cuando descubrí, en una de las diapositivas reveladas, tres letras inscritas en el muro del hotel: TAH, las tres primeras letras del nombre del ausente, el padre de Mu'nes. Y más lejos, una sombra, la sombra alargada de un rostro con gafas reconocible entre todos. El recuerdo del ausente está siempre con nosotros.

En compañía de Mu'nes, sigo, en París, las huellas de su padre. Es el año del centenario del nacimiento de Taha Husayn (1889-1973), pionero de la literatura árabe contemporánea.

París no cambia. La búsqueda en la ciudad del tiempo husayniano se convierte en un paseo. Pero primero nos detenemos en Montpellier, donde todo comenzó. Taha Husayn, becario del gobierno egipcio, llegó allí poco antes de que estallara la Primera Guerra Mundial. ¿Por qué Montpellier? Mu'nes relata:

— Tal vez porque era una provincia, donde los alumnos tendrían menos tentaciones que en París. Quizá porque era una ciudad más próxima al Mediterráneo, donde se pensaba que los estudiantes egipcios se sentirían menos desadaptados. Pero nunca se lo pregunté. Había empezado a aprender el francés, a perfeccionarlo, más bien. Ya había aprendido los rudimentos en la Universidad de El Cairo, donde se dictaba un curso muy general de este idioma.

París es una ciudad poco segura. Cuando estalla la guerra, sufre los bombardeos alemanes. Como muchas otras familias francesas, los Brisseau deciden refugiarse en provincia y se instalan en casa de una amiga en Montpellier. Suzanne Brisseau, que prepara el concurso de ingreso a la Escuela Normal Superior



de Sèvres, se ve obligada a interrumpir sus estudios.

Mu'nes prosigue:

— Mi padre, que era ciego y principiante en francés, necesitaba alguien que lo ayudara y leyera para él. Puso un anuncio en un periódico local; Suzanne respondió a su petición. Fue más que una lectora; lo acompañó a sus cursos en la Facultad de Letras y, más tarde, en la Sorbona. Iban de la mano, a pie, del apartamento a la plaza de la Sorbona.

Hoy, Mu'nes y yo, rehacemos el mismo recorrido. A pie como ellos. El bulevar Saint Michel está a unos pocos metros. La joven pareja se detenía a menudo ante la estatua levantada a la gloria de dos químicos, Pelletier y Caventou, pioneros de la

lucha contra las enfermedades tropicales. La estatua ha desaparecido pero el monumento siempre existe. Ya no es de bronce, sino de piedra, y la estatua de los dos sabios ha sido sustituida por sus medallones. Si la joven pareja hiciera hoy el mismo camino, iría a dar al Centro Cultural egipcio.

Al término de la guerra, los Brisseau regresaron a su apartamento parisiense, y el joven Taha Husayn se trasladó a París para proseguir sus estudios en la Sorbona. Sin embargo, nada anunciaba el feliz desenlace que iba a producirse.

— La familia de mi madre, cuenta Mu'nes, estaba horrorizada ante la idea de que su hija se casara con un estudiante egipcio, pobre, musulmán,

y, por añadidura, ciego. Mi madre se mantuvo firme. Fue uno de sus tíos, un abate sumamente inteligente y culto, quien resolvió el asunto. A petición de mi abuela, solicitó una entrevista de una hora, a solas, con mi padre. Ambos salieron de paseo, mi tío abuelo con mi padre del brazo, y hablaron de los temas más diversos. A su regreso, el abate dijo a su hermana: "¡No estés inquieta! En lugar de oponerte a la boda, deberías felicitarte de que ocurra, ese muchacho es un genio." Suzanne ya lo había captado. Se casaron el 2 de agosto de 1917.

El estudiante de gafas oscuras obtiene, en cinco años, una licenciatura, un diploma de estudios superiores (sobre Tácito), la aprobación en uno de los más prestigiosos concursos franceses y un doctorado (sobre Ibn Jaldún). Adquiere un perfecto conocimiento del griego y del latín. Taha Husayn conservará una admiración sin límites por sus dos maestros, Bloch, el gran helenista, y, para el latín y la historia romana, Seignobos. También siguió cursos de Bergson en el Collège de France, de Lévy-Bruhl, el sociólogo, y de Massignon, el orientalista, por quien sentía la más alta estima.

Entre los escritores franceses, se relaciona con Aragon, Jules Romains y, sobre todo, André Gide. Su primer encuentro con este último se produjo inmediatamente después de la guerra, en El Cairo. Su contacto prosiguió con intercambios de cartas. Fue una admiración recíproca: Husayn tradujo el *Prometeo mal encadenado* (1899) y *Teseo* (1946); Gide, por su parte, escribió el prefacio de la traducción francesa del *Libro de los días* (1929), la gran novela autobiográfica de Taha Husayn.

Sin embargo, fue con Etiemble con quien tuvo una relación más duradera y más profunda. A principios de los años 40 cuando Taha Husayn era rector de la Universidad

de Alejandría acude a Etiemble, por aquel entonces en Estados Unidos, para que dirija el departamento de civilización francesa. Etiemble permaneció cuatro años en el cargo. Una profunda amistad iba a unirlos hasta 1973.

Estudiante, recién casado, profesor en El Cairo, escritor de prestigio, ministro, Taha Husayn volvió muy a menudo a París o a otros lugares de Francia, para pasar vacaciones en los Alpes, el Macizo Central o los Pirineos.

Mu'nes recuerda:

— Amaba a Francia hasta la ternura. Le gustaba el humor francés, pero no la vulgaridad. La gracia de los cantantes, sus alusiones políticas, lo divertían. Yo lo llevaba a menudo a tomar una copa a un bar; se distraía oyendo la charla a su alrededor. Su risa era franca. Una risa fácil. Una risa egipcia. En casa siempre hablábamos francés. Mi madre nunca aprendió realmente el árabe. Podía desenvolverse en las tiendas y en las circunstancias de la vida cotidiana. Creo que a mi padre le gustaba hablar francés en casa. En esta lengua escribió artículos y conferencias, pero menos por

su propio gusto que para satisfacer peticiones. Pensaba y sentía en su lengua árabe; sólo después trasladaba sus ideas o sus sentimientos a otra lengua.

Como Husayn Fawzi (1905-1988), cuya mujer, también francesa, tenía una tienda de antigüedades en la rue des Ecoles, como Kamel Husayn y Tawfiq al-Hakim, y como tantos otros intelectuales egipcios menos ilustres, Taha Husayn había seguido así el camino abierto por Tahtawi (1801-1873), ese escritor egipcio que fue el primero en venir, en 1830, a estudiar en Francia.

En Egipto, en aquel entonces bajo la dominación inglesa, el ideal cultural era, en efecto, francés. Taha Husayn se inspiró en él, en particular desarrollando el método crítico de un Sainte-Beuve y el arte del relato de un Maupassant. Su ceguera, su humilde condición social fueron transformados por este hombre rebelde contra todos los conformismos en el tema de su liberación. Su escritura se convirtió en una catarsis, en un acto de elevación y de legitimación.

Pero este vínculo privilegiado con un país y su cultura estuvo a punto de romperse en 1956. Taha Husayn jamás perdonó a Francia su intervención militar en Suez. No es que haya sido ingenuo o simplista en sus posiciones políticas. Con anterioridad no había escatimado sus críticas contra el colonialismo francés. ¡Pero invadir Egipto!

— Detengámonos, si le parece, dice de repente Mu'nes. Siempre hay una connivencia, como usted sabe, entre un padre y su hija, entre una madre y su hijo. Nosotros no escapamos a esa situación. Me quería mucho, lo sé. Nunca hubo un conflicto entre nosotros. Podría haberse producido si yo hubiese pretendido desempeñar un papel en la literatura árabe. Pero jamás tuve la pretensión de escribir en árabe, sobre todo cuando el padre de uno se llama Taha Husayn.

Los últimos rayos del sol iluminan París. La luz que se esfuma se esparce como una paleta de colores. Luz y sombra se oponen y se tocan.

El paseo ha terminado.

■

CHARBEL DAGHER
es un escritor y periodista libanés. Traductor al árabe de la *Correspondencia* de Rimbaud, ha publicado numerosas obras, en particular *Poética árabe moderna* (1988) y un libro de poemas (*Miettes du blanc*, 1981).

P O R T A D O S

CÓMO VEN LOS JÓVENES A LA UNESCO

Reunidos en la Sede de la Unesco en París del 2 al 13 de octubre de 1989 para un seminario de información, 30 jóvenes procedentes de 23 países (véase el recuadro de la p.50) se dirigieron por escrito a Federico Mayor, Director General de la Unesco, para comunicarle las observaciones que les inspiró dicha reunión. Su carta nos ha parecido suficientemente interesante como para publicar aquí abundantes extractos de ella.



Señor Director General

Estas dos semanas nos han dado la oportunidad de descubrir verdaderamente la Unesco. Ello enriquecerá indiscutiblemente nuestras actividades en el seno de nuestras respectivas organizaciones. Al término de este seminario, hemos querido darle a conocer, en pocas palabras, cuál es para nosotros ahora la imagen de la Unesco.

Una organización intergubernamental.

Por definición reúne un gran número de estados y constituye un lugar privilegiado para el diálogo y el intercambio de ideas y de informaciones, con miras a la realización de los objetivos definidos en su Constitución. Pero un campo de acción y una audiencia tan diversos entrañan el riesgo de que surja una burocracia que se interponga entre los diferentes actores. Nos parece que existe el peligro de que haya una separación entre la población de los Estados miembros y los funcionarios de la Organización. Por tal motivo estimamos

esencial que la Unesco se esfuerce por mantener estrechas relaciones con la base y que permanezca siempre próxima a la población.

La neutralidad. Para alcanzar las metas que se ha fijado, la Unesco no puede intervenir directamente en los asuntos de los estados que la constituyen. Pero no pensamos que esa neutralidad deba impedirle protestar cuando sea evidente que los ideales que defiende no son respetados por un Estado miembro. Para que siga siendo digna de crédito en opinión de todos, y en particular de las poblaciones oprimidas, es importante que la Unesco continúe señalando el camino hacia una sociedad justa y humana, conservando su independencia de espíritu a través de los altibajos de la política mundial.

El compromiso de los Estados miembros. Las resoluciones adoptadas en el marco de la Unesco no siempre parecen ser aplicadas por los Estados miembros; quisiéramos que

éstos se comprometan con tanto entusiasmo como los funcionarios de la Unesco, y en particular que se muestren realmente activos en la promoción de la enseñanza de los derechos humanos. Nos gustaría que hubiese un mejor seguimiento y una evaluación más efectiva de las realizaciones de los Estados miembros a partir de los programas elaborados por los especialistas de la Unesco.

Un programa muy ambicioso. La Constitución de la Unesco encomienda a ésta tareas muy vastas y sus programas son de una gran riqueza. Existe, por consiguiente, un peligro de dispersión. Algunos de nosotros deseáramos que la Unesco concrete más sus acciones, otros piensan que todas las tareas de la Unesco son importantes y que no se puede dejar de lado ninguna; habría en todo caso que buscar una mayor eficacia, por ejemplo reforzando la cooperación con las organizaciones no gubernamentales, que representan un potencial de energía apreciable.

La juventud. La Unesco es una organización internacional en que los jóvenes pueden hacer oír su voz. Pero la mayoría de los jóvenes ignoran que

existen funcionarios internacionales que se interesan por ellos. Nos gustaría que la juventud de todos los países pudiera tener acceso a una mejor información sobre las acciones de la Unesco que le afectan; quisiéramos también que se estableciera un contacto permanente entre la Unesco y los jóvenes. Por último, deseáramos que se crearan estructuras en las que los jóvenes puedan actuar en los planos regional, nacional e internacional. La Unesco debería ayudar a la toma de conciencia social de la juventud de todos los países, a fin de que todos se sientan ciudadanos del mundo.

La información. A la Unesco le corresponde un papel muy importante en la difusión de la información: aspiramos a que se acentúe su presencia en los medios de comunicación a fin de que el gran público esté mejor informado de las múltiples acciones de la Unesco, y que así se familiarice en mayor medida con los ideales de la Organización. Esta información debería hacerse tanto en los países en desarrollo como en los llamados países industrializados, pues nos parece que no existe en ellos una sensibilización suficiente frente a esas

acciones y esos ideales. Además, pensamos que la información tan rica que produce la Unesco gracias a la labor de sus especialistas debería tener una difusión más amplia. En efecto, es importante que *todos* tengan acceso a esa información, dondequiera que se encuentren en el mundo.

Como conclusión, somos conscientes de que una tarea tan compleja no puede realizarse sin dificultades, pero se trata de una tarea hermosa y con un gran porvenir en la que todos creemos y de la que nos convertiremos en embajadores ante los jóvenes que representamos. Conscientes del privilegio que significó para nosotros poder participar en este seminario, queremos reiterarle, señor Director General, nuestro sincero reconocimiento. También deseamos manifestar nuestros agradecimientos a todas las personas de la Organización que nos acogieron con cordialidad y gentileza.

por el grupo de participantes
Tania Ogay
9, chemin de Bourgogne
1260 NYON
SUIZA

Créditos fotográficos

Portada: Launois © Rapho, París.
Portada posterior: Roland Michaud © Rapho, París. Página 2 izquierda: © Marie y Pierre Dionne, P. de Quebec. Páginas 3 derecha, 5, 7, 8, 9: © Miroir, París. Página 6: © Cahiers du Cinéma, París. Página 10: © Réunion des Musées Nationaux, Louvre, París. Páginas 12, 16, 26-27, 28, 32, 33 abajo, 34: © Dagli Orti, París. Página 14 izquierda: Paolo Koch © Rapho, París. Página 14 derecha: © J.-L. Nou, París. Página 15: © Roger-Viollet, París. Páginas 16-17, 27 derecha: © Jean-Loup Charmet, París. Página 18: Jean Mazenod, en *L'art grec* © Ed. Citadelles, París. Página 19: © Eberhardt Thiem, Lotos Film, Kaufbeuren, RFA. Página 20: Réunion des Musées Nationaux. Musée du Louvre, París. Páginas 21, 24, 36, 37, 39: © Bibliothèque Nationale, París. Página 21 derecha: Museum of Fine Arts, Boston. Páginas 22-23: © Document M. V. Elisseef. Página 23 derecha: © National Palace Museum, Taipei. Página 25: David Harris © Museo de Israel, Jerusalén. Página 26 izquierda: Erich Lessing © Magnum, París. Página 29 arriba, abajo izquierda: A. Muñoz de Pablos, París. Página 29 abajo derecha: © Musée de Cluny, París. Páginas 30-31: © Osvaldo Böhm, Italia. Página 33 arriba: © André Held, Lausana. Páginas 35, 38: Roland y Sabrina Michaud © Rapho, París. Página 40: Gérard Gasquet © Hoa-Qui, París. Página 41: © Almas, Thoiry. Página 42: M. y A. Kertley © ANA, París. Páginas 43 arriba, 44 arriba: © Collection Viollet, París. Página 43 abajo: © APN, París. Página 44 abajo: © Harlingue-Viollet, París. Página 46: © Cahiers du Cinéma, París. Página 47: Robert Doisneau © Rapho, París. Página 48: © Al-Yom Assabeh.

Sí, ¡juntos podemos!

Estos jóvenes son, en sus respectivos países, responsables de los movimientos de juventud, de los Clubs Unesco, de las Escuelas Asociadas, o de las actividades juveniles dentro de las comisiones nacionales de cooperación con la Unesco.

Los 23 países de los que procedían son, en Europa: la República Federal de Alemania, Bélgica, Bulgaria, Dinamarca, España, Francia, Grecia, Italia, Polonia, Portugal, Suiza, la URSS y Yugoslavia; en África: Benin, Burkina Faso, Senegal, Togo, Uganda, Zaire; en América Latina: Colombia, Haití, Uruguay; en los Estados Arabes: Túnez.

Los Clubs Unesco

son agrupaciones de personas de todas las edades y de todas las categorías socioprofesionales, que comparten el ideal de la Unesco, intentan darlo a conocer y participan en las tareas de la Organización internacional, llevando a cabo actividades que se inspiran directamente en las de la Unesco. Verdaderos centros de educación permanente, desempeñan para sus miembros una función formativa. Su movimiento se ha ido extendiendo progresivamente en todo el mundo. En 1989 había más de 3.500 Clubs repartidos en más de cien países.

El Plan de Escuelas Asociadas de la Unesco

apunta a fomentar la comprensión y la paz internacionales, los derechos humanos y las libertades fundamentales gracias a la educación escolar: es un instrumento singular para la labor experimental y de innovación en la educación de los nuevos ciudadanos de hoy. En el *Plan de Escuelas Asociadas* trabajan en común la Unesco, las comisiones nacionales ante la Unesco y los ministerios de educación, y en él participan maestros, estudiantes y otras personas con el fin de ayudar a que los jóvenes comprendan que si se desea no sólo evitar los conflictos y las revueltas, sino también lograr que sobreviva nuestro mundo interdependiente, los países y los pueblos deben aprender a comprenderse mutuamente y a trabajar unidos por un futuro mejor para la humanidad. En 1989 el Plan incluía unos 2.300 establecimientos en 98 países.

Las Comisiones Nacionales de Cooperación con la Unesco,

creadas por los Estados miembros a fin de colaborar con la Unesco, comprenden representantes de su gobierno y de los diversos grupos que se interesan por los problemas de la educación, la ciencia, la cultura y la comunicación. Verdaderos órganos asesores, de enlace, de información y ejecutivos, participan cada vez más en la acción de la Unesco, en particular en la elaboración y ejecución de sus programas. En el último decenio han acometido con éxito actividades tales como encuestas y estudios, coloquios y reuniones de expertos relacionados con el Programa de la Unesco y difundido sus resultados

Teléfono:

PARA COMUNICARSE DIRECTAMENTE CON LAS PERSONAS QUE
FIGURAN A CONTINUACIÓN MARQUE EL 45 68 SEGUIDO DE LAS
CIFRAS QUE APARECEN ENTRE PARENTESIS JUNTO A SU NOMBRE:

Director: Bahgat Elnadi
Jefe de redacción: Adel Rifaat

REDACCIÓN EN LA SEDE (PARÍS)

Secretaría de redacción: Gillian Whitcomb
Español: Miguel Labarca, Araceli Ortiz de Urbina
Francés: Alain Lévêque, Neda El Khazen
Inglés: Roy Malkin, Caroline Lawrence
Arabe: Abdelrashid Elsadek Mahmoudi
Ruso: Georgi Zelenin
Estudios e investigaciones: Fernando Ainsa
Unidad artística, fabricación: Georges Servat
Ilustración: Ariane Bailey (46.90)
Documentación: Violette Ringelstein (46.85)
Relaciones con las ediciones fuera de la Sede:
Solange Belin
Relaciones con el público: Claudie Duhamel (45.86)
Secretaría de dirección: Annie Brachet (47.15),
Mouna Chatta
**Ediciones en braille en español, francés, inglés y
coreano:** Marie-Dominique Bourgeois

EDICIONES FUERA DE LA SEDE

Ruso: Alexandre Melnikov (Moscú)
Alemán: Werner Merkli (Berna)
Italiano: Mario Guidotti (Roma)
Hindi: Ganga Prashad Vimal (Delhi)
Tamul: M. Mohammed Mustafa (Madrás)
Persa: H. Sadough Vanini (Teherán)
Portugués: Benedicto Silva (Rio de Janeiro)
Neerlandés: Paul Morren (Amberes)
Turco: Mefra Ilgazer (Estambul)
Urdu: Hakim Mohammed Said (Karachi)
Catalán: Joan Carreras i Martí (Barcelona)
Malayo: Azizah Hamzah (Kuala Lumpur)
Coreano: Paik Syeung Gil (Seúl)
Swahili: Domino Rutayebesibwa (Dar-es-Salaam)
**Croato-serbio, esloveno, macedonio y serbio-
croata:** Bozidar Perković (Belgrado)
Chino: Shen Guofen (Beijing)
Búlgaro: Goran Gotev (Sofía)
Griego: Nicolas Papageorgiou (Atenas)
Cingalés: S.J. Sumanasekera Banda (Colombo)
Finés: Marjatta Oksanen (Helsinki)
Sueco: Manni Kössler (Estocolmo)
Vascuence: Gurutz Larrañaga (San Sebastián)
Tai: Savitri Suwansathit (Bangkok)
Vietnamita: Dao Tung (Hanoi)
Pashtu: Zmarai Mohaqiq (Kabul)
Hausa: Habib Alhassan (Sokoto)
Bangla: Abdullah A. M. Sharafuddin (Dacca)

PROMOCIÓN Y VENTAS

Responsable: Henry Knobil (45.88), **Asistente:** Marie-
Noëlle Branet (45.89), **Suscripciones:** Marie-Thérèse
Hardy (45.65), Jocelyne Despouy, Alpha Diakité, Jacqueline
Louise-Julie, Manichan Ngonekeo, Michel Ravassard,
Mohamed Salah El Din,

Relaciones con los agentes y los suscriptores: Ginette
Motreff (45.64), **Contabilidad:** Liliane Tasch (45.66),
Proyectos culturales: Ricardo Zamora-Pérez (45.80),
Depósito: Héctor García Sandoval (47.50)

PUBLICIDAD

Publicat: 17, Boulevard Poissonnière, 75002 París.
Tel: 40.26.51.26

Director comercial: Benoît Rosier
Director de la publicidad: Danièle Michelet

TARIFAS DE SUSCRIPCIÓN

Tel: 45.68.45.65

1 año: 126 francos franceses. 2 años: 234 francos.
Tapas para 12 números: 68 francos

Para los países en desarrollo:

1 año: 99 francos franceses. 2 años: 180 francos.
Reproducción en microfilm (1 año): 85 francos.
Pago por cheque, CCP o giro a la orden de la Unesco.

Los artículos y fotografías que no llevan el signo (copyright) pueden
reproducirse siempre que se haga constar "De El Correo de la Unesco",
el número del que han sido tomados y el nombre del autor. Deberán
enviarse a El Correo tres ejemplares de la revista o periódico que los
publique. Las fotografías reproducibles serán facilitadas por la Redacción a
quien las solicite por escrito. Los artículos firmados no expresan
forzosamente la opinión de la Unesco ni de la Redacción de la Revista.
En cambio, los títulos y los pies de fotos son de la incumbencia exclusiva
de ésta. Por último, los límites que figuran en los mapas que se publican
ocasionalmente no entrañan reconocimiento oficial alguno por parte de
las Naciones Unidas ni de la Unesco.

IMPRIMÉ EN FRANCE (Printed in France)

DEPOT LEGAL: C1-MARS 1990

Fotocomposición: El Correo de la Unesco, Fotografiado-impresión:
Maury-Imprimeur S.A., Z.I. route d'Etampes, 45330 Maïshesbes.

Nuestro próximo número:

la segunda parte de
"Relatando la historia":

PENSAR EL PASADO

con Mommsen

Michelet

Hegel

Marx

Braudel...

a través de

Africa

Europa

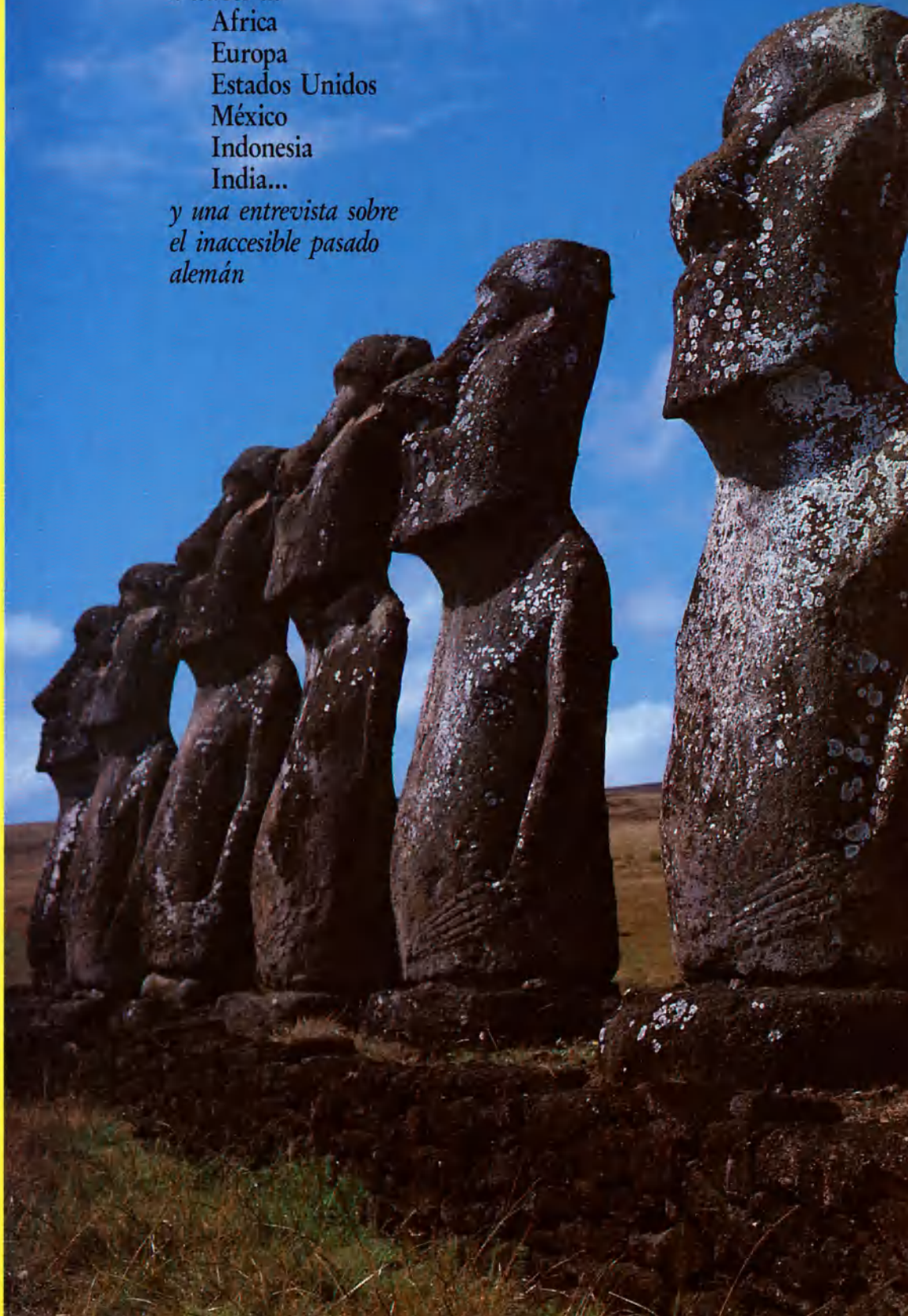
Estados Unidos

México

Indonesia

India...

y una entrevista sobre
el inaccesible pasado
alemán



大成至聖文宣王殿

